

SERVICIO
SECRETO

SS

FURIA, FUEGO Y SANGRE

Clark Carrados



Los dos hombres terminaron pronto su tarea. Mientras uno la sujetaba por los brazos, situado iras ella, el otro, arrodillado, ceñía a su tobillo izquierdo una ancha argolla de acero, que cerraba mediante un candado unido a su vez a un largo y flexible cable de metal, cuyo extremo opuesto iba a pasar a una anilla firmemente sujeta a uno de los muros de la pared.

Luego el que había puesto el grillete en el tobillo femenino se incorporó, e hizo saltar la llave con la palma de la mano un par de veces, y miró sonriente a la cautiva.



Clark Carrados

Furia, fuego y sangre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1531

ePub r1.0

Lds 23.01.19

Título original: *Furia, fuego y sangre*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Desilo

ePub modelo

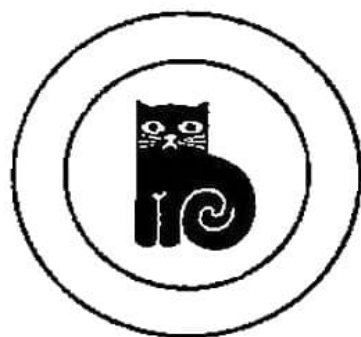
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres terminaron pronto su tarea. Mientras uno la sujetaba por los brazos, situado iras ella, el otro, arrodillado, ceñía a su tobillo izquierdo una ancha argolla de acero, que cerraba mediante un candado unido a su vez a un largo y flexible cable de metal, cuyo extremo opuesto iba a pasar a una anilla firmemente sujeta a uno de los muros de la pared.

Luego el que había puesto el grillete en el tobillo femenino se incorporó, e hizo saltar la llave con la palma de la mano un par de veces, y miró sonriente a la cautiva.

—Cómo puedes apreciar, tú libertad de movimientos es total... dentro de la habitación, por supuesto —dijo cínica mente—. Te hemos dejado bebidas y cigarrillos y se te dará de comer tres veces al día. El cable es lo suficientemente largo para que puedas ir al baño con toda comodidad.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella—. ¿Qué he hecho yo? El individuo se encogió de hombros.

—Lo ha ordenado el jefe —contestó indiferente.

—Es decir estoy prisionera.

—¿No lo ves?

—Pero ¿hasta cuándo?

Hubo un nuevo encogimiento de hombros.

—El jefe lo decidirá.

—¿Puedo saber, al menos, quién es?

—No. Vamos, tú.

Los dos hombres salieron de la estancia y Betty Challoner quedó sola, entregada a la desesperación más absoluta. Ni siquiera tenía el recurso de asomarse a la ventana para pedir auxilio; todos los huecos habían sido cubiertos con sólidas planchas de metal,

aseguradas firmemente a los respectivos marcos.

Incluso la ventana del baño, según comprobó después cuando sintió sed y quiso beber agua. De pronto, oyó un ligero zumbido y levantó la cabeza. Entonces vio la rejilla que protegía los conductos de aireación.

Arrastrando siempre el cable, Betty volvió a la cabecera del lecho y buscó los fósforos. Con uno de ellos, encendido, pudo apreciar que el conducto del baño servía para expulsar el aire gastado. Aire renovado entraba por otro situado en el dormitorio. Empezó a pensar en la posibilidad de arrancar la rejilla y quemar allí unos cuantos trapos. Harían humo, alguien vería el humo y avisaría a los bomberos y...

De pronto, oyó un ruido en la puerta del dormitorio y abandonó el baño. Un hombre entró en la estancia y la miró con una sonrisa en los labios.

—Hola, guapa —dijo—. Soy Rufe.

Betty le miró críticamente. Era un sujeto gordo, seboso, con triple papada y la piel brillante por una ininterrumpida transpiración. Betty conocía demasiado bien a aquella clase de tipos.

Rufe se quitó la chaqueta la corbata y la camisa.

—Anda, desnúdate, hermosa —ordenó.

—No quiero —contestó ella.

Los ojos de Rufe emitieron un destello de furia.

—Escucha, muñeca. He pagado doscientos pavos por ti y quiero aprovechar hasta el último centavo. Si quieres que seamos amigos... ¿Es que no me has oído? —rugió al observar la absoluta inmovilidad de la prisionera.

Betty cruzó los brazos bajo el pecho opulento. De súbito, Rufe se acercó a ella y le asestó dos bofetadas muy seguidas, con ambas manos. Betty gritó y se tambaleó.

Rufe la arrojó sobre la cama y empezó a rasgarle la ropa a tirones. Ella se dio cuenta de que el hombre parecía haber perdido la razón. La única idea que parecía existir en su mente era de un elevado contenido erótico-morboso.

Unos dientes mordieron con fuerza el pezón izquierdo. Entonces Betty enloqueció también y alargó la mano en busca de un arma.

Lo único que encontró fue el cable de acero. Dudó un momento,

mientras el hombre gruñía como un cerdo sobre ella. Luego decidida, enroscó rápidamente el cable entorno al grueso pescuezo de Rufe y apretó.

Apretó con ambas manos de uno de los extremos, mientras estiraba el pie izquierdo para aumentar la tensión. Rufe emitió un horrible ronquido y la soltó, para agarrarse al cable con manos frenéticas.

Pero ya había perdido la iniciativa. Betty mantuvo la tensión con todas sus fuerzas. La cara de Rufe se congestionó, se puso cárdena; sus ojos rodaron en las órbitas y la lengua asomó entre unos labios lívidos, junto con un poco de espumilla de siniestro color rosado.

Los pies del gordo se agitaron epilépticamente. Ella siguió apretando mucho más rato, muchos más minutos... hasta que, de pronto, le pareció que se quedaba completamente vacía y soltó el cable.

Entonces, lentamente, Rufe, con una horrible mueca en su redondo rostro, giró lentamente a un lado y cayó a los pies de la cama.

Betty miró hacia la puerta, nadie parecía haber percibido ningún sonido. Pero sabía que si pedía auxilio y veían al hombre muerto, la matarían a su vez y ello la hacía sentir un auténtico pánico. De nuevo pensó en el fósforo y en las ropas que harían mucho humo.

La puerta del baño era corredera y procuró sujetarla con un trozo de sábana, para que nadie entrase antes de tiempo. Entonces dio comienzo a la ejecución de su plan.

* * *

En su vida se había sorprendido más el abogado Maximilian Love. Nunca se le hubiera ocurrido que la mujer acusada del homicidio de Rufo Weeks, la reseña de cuyo suceso había leído en los periódicos, pudiera nombrarle su abogado defensor. Mientras aguardaba en la sala de visitas de la cárcel, se preguntó qué motivos había tenido la mujer, para hacer semejante elección.

Acompañada por una funcionaría, Betty Challoner apareció de pronto tinte su visita. A Love le pareció reconocer a aquella mujer aún joven, puesto que no tenía más de treinta y cinco años y sumamente atractiva, a pesar de ir con la cara limpia y vestida con

el impersonal traje carcelario.

—Señora Challoner, soy Max Love —dijo.

Betty sonrió ligeramente.

—Lo sé Max —contestó—. Siéntate, ¿quieres?

Love obedeció asombrado.

—Parece que me conoces...

—Te conozco y sé cuánto vales —respondió ella—. Recuerda, hace un par de años; una noche lluviosa y una mujer en una esquina, acosada por un borracho agresivo. Le diste un par de golpes y me acompañaste a casa. Te invité a una copa, pero la cosa no pasó adelante, aunque te di a entender claramente que estaba dispuesta a acostarme contigo.

Love chasqueó los dedos.

—Ahora lo recuerdo —exclamó—. Perdóname Betty; con sinceridad había olvidado por completo el incidente.

—Es lógico —dijo ella—. Tú eres un abogado prometedor y yo una trotacalles. ¿Qué te sucede?

—¿Has leído los periódicos?

—Desde luego te rescataron los bomberos... Pero ¿quién diablos te ató así como si fueras un perro feroz?

—Sé los nombres, porque he reconocido sus caras en uno de los álbumes de fotografías de la policía. Me secuestraron, me llevaron allí y... Max, yo nunca he estado liada con bandas de protección ni nada por el estilo. He sido siempre independiente y nunca me he sentido aluda a nadie. Alguna vez es cierto me ofrecieron «protección», pero siempre supe mantenerme libre. Ahora, francamente, no sé porque lo hicieron. Me llevaron a aquella casa sin más, me ataron el tobillo a una argolla...

—El hombre murió estrangulado. ¿Lo hiciste tú? Piensa, soy tu abogado defensor; a mí no me puedes ocultar nada. ¿Entendido?

—Sí, yo lo maté. Pero estimo que se trataba de un case de legítima defensa, Max.

Love sacó una libreta y empezó a tomar notas.

—Declaraste que él te golpeó y que quiso violarte —dijo.

—Es cierto. Me rasgó las ropas... pero no creo que eso cuente mucho, dada la forma en que tuvieron que liberarme. La Policía dice que las ropas rotas se deben al incendio que provoqué. Y las bofetadas, simplemente, no dejan mucha marca.

—Al rasgarte las ropas, ¿no te arañó el cuerpo?

—No aparecieron señales cuando me examinó el forense. —De pronto, Betty lanzó una exclamación—: ¡Oh. Dios, lo había olvidado!

—¿Qué has olvidado?

—Ese tipo me mordió en el pezón izquierdo...

—¿Quedaron señales?

Ella bajo la cabeza.

Cuando me examinaron, yo estaba muy nerviosas. El médico buscaba solamente rasguños y yo no me acorde entonces del mordisco en el pezón.

¿Te hizo sangre?

No, Max.

Love torció la boca.

—Pero, a pesar de todo, te encontraron atada.

—Si.

Por favor dame los nombres de los dos sujetos que te secuestraron.

Betty los citó. Love anotó los datos y continuó:

—¿Hablaron en algún momento de los motivos que les impulsaron a secuestrarte?

—No dijeron nada. Cuando se lo pregunté, su respuesta fue que era orden del jefe.

—¿Qué jefe, Betty?

—No lo sé, no quisieron mencionarlo.

—Hoy es sábado y no hay nadie en los juzgados —dijo Love, contrariado—. Será preciso esperar hasta el lunes, para conseguir que te permitan salir bajo fianza.

—Max, apenas tengo dinero...

—Me refiero a una fianza personal. No pueden tenerte encerrada en la cárcel. Es un caso muy claro de defensa propia.

—Sí, pero ¿quién responderá por mí?

Love miró fijamente a la prisionera. Los ojos de Betty se humedecieron.

—Oh, Max...

—No se hable más de ello —sonrió el abogado—. Por cierto, ¿conocías al muerto?

—Era la primera vez que le veía, Max.

Love cerró la libreta y la volvió al portafolios.

—Vendré el lunes a ponerte en libertad —prometió.

Era una promesa un tanto aventurada, pensó, una vez fuera de la prisión. Los antecedentes de Betty no la favorecían en nada, pero, a fin de cuentas, contaban con el elemento favorable de su secuestro y encadenamiento. Y ello, esperaba, influiría poderosamente en el ánimo del juez que debía conceder la libertad bajo fianza.

CAPÍTULO II

Clay Smith protestó airadamente cuando conoció los propósitos de su amigo.

—En sábado, no —rugió—. Este día es sagrado...

—Cuando se trata de una persona que está encarcelada por homicidio, es preciso enviar al diablo las fiestas —dijo Love, impasible.

—Una ramera...

—Es una persona, un ser humano, «Montana» —dijo Love con severo acento—. Y, por si fuera poco, mi cliente.

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha hecho aceptar la defensa de esa furcia? —Smith miró de reojo a su amigo—. No me digas que tú y ella... ¿eh?

—No hay nada entre los dos, «Montana», no seas suspicaz. Y si no cesas en tus pullas, te llamaré señor Smith.

Clay Smith era un excelente investigador privado, buen amigo de Love, para quien solía desempeñar trabajos en diferentes ocasiones. El apodo de «Montana» le venía de su nacimiento en aquel Estado y le gustaba que sus amigos le llamasen de ese modo, tanto como detestaba el apellido de Smith. Solía decir que un investigador de su fama debería llamarse Holmes o con cualquier otro apellido rimbombante, pero nunca Smith, tan numeroso como vulgar. Y Love sabía cómo conseguir que su amigo cediera cuando era necesario enviarle a alguna misión de importancia.

—No me llames así —gruñó el detective. Agarró el papel que le tendía el abogado y lo estrujó con la mano—. Tú tampoco haces honor a tu apellido. Mas Lose... Más «Amor»... ¿Por qué no te llamas «Odio»?

—Love se echó a reír, lira una frase que Smith repetía casi en

cada ocasión que se enfrentaban. Pero nunca se lo tomaba en cuenta.

—Si eso te ha de aliviar la tensión arterial, hazlo —dijo de buen humor—. Pero busca a esos dos tipos, los secuestradores de Betty Challoner.

—Ya. ¿Y qué les digo cuando les encuentre?

—No les digas nada. Averigua quién es su jefe.

—Entiendo, actúan por cuenta de otro.

—Justamente, «Montana».

Smith inició una media vuelta para salir, pero corrigió el gesto casi en el acto y se encaró de nuevo con su amigo.

—Mas.

Love estaba hojeando unos papeles y no levantó la vista siquiera.

—¿Sí, «Montana»?

—Esa furcia... bueno, tu cliente, ¿cómo diablos te eligió? Conozco media docena de abogados, especializados en esta clase de asuntos...

—Ella pensó que era el único al que podía recurrir.

—Este caso puede perjudicarle, Mas.

—Lo dudo mucho, pero, aunque así fuera, seguiría hasta el final. Ella se lo merece.

—¡Caramba, sí que te ha dado fuerte! —se despidió el investigador cáusticamente.

Cuando salía a la calle, meneó la cabeza.

—Cualquiera diría que se ha enamorado de ella —masculló. Luego sacó el papel del bolsillo y empezó a pensar en la mejor forma de obtener los informes que su amigo necesitaba con tanta urgencia.

El lunes a las diez de la mañana, Love aún no había tenido noticias de su amigo. Era hora de ir a entrevistarse con el juez, pensó. Su secretaria se encargaría de recibir los informes conseguidos por Smith.

Antes de que pudiera llamarla, ella entró en su despacho.

—Señor Love, tiene visita —anunció.

—¿Quién es?

—Shirley Hampton y dice que procede de Sacramento.

—Mattie, ahora tengo que salir. No puedo...

—Ella dice que es muy urgente, señor.

—Está bien —se resignó Love—. Hágala pasar; Mattie.

—Sí, señor.

Shirley Hampton entró en la oficina momentos más tarde. Era una joven de unos Veinticuatro o veinticinco años, alta, muy esbelta y de cabellos oscuros, cortos y peinados con gusto exquisito. Su ropa era sencilla, pero cara y bien cortada, lo mismo que el bolso y los zapatos. Era elegante y distinguida, apreció Love en el acto.

—Gracias por haber accedido a recibirme —dijo la visitante. Abrió su bolso, sacó una tarjeta de visita y se la tendió al joven—. Yo también soy abogado y pertenezco a la firma Hampton, Strong, Davis y Hampton, de Sacramento. El primer Hampton es mi padre. El segundo... —Shirley sonrió—. Bueno, soy yo.

—¡Caramba! —exclamó Love, al comprender—. Tan joven... y ya todo un abogado y en una firma de prestigio. Si, conocía la firma de oídas, aunque sólo hasta el tercero de los nombres.

—Yo me he agregado muy recientemente —dijo ella—. Y es en nombre de esa firma por lo que estoy aquí.

—Muy bien, adelante. ¿En qué puedo servirle?

—Estamos buscando a una mujer, que debe heredar una fortuna que se calcula en unos veintidós millones de dólares. Un aserradero en Tacoma, bosques maderables en el Norte de California, un par de buques de transporte de madera y, naturalmente, acciones, bonos y efectivos hasta completar la suma mencionada, que es mínima, pero que podría resultar mayor si se realizasen todos los bienes que componen la herencia. Nuestra firma representaba al anterior propietario, quien, en su testamento, nombró heredera universal a su única hija Madge. El apellido es Vandessyrt. ¿Lo ha oído alguna vez, señor Love?

—Sí —contestó el joven—. Sé que falleció hace algunos meses...

—Nunca mencionó nada de su hija Madge. Sólo lo supimos al abrir el testamento. En una nota particular, adjunta al mismo, se decía que Madge residía aquí, en los Ángeles, pero no daba más detalles, salvo la edad: unos treinta y cinco años.

—¿Ni siquiera detalles físicos?

—No. Excepto uno.

—Sus huellas digitales o alguna señal de nacimiento en el cuerpo —sonrió Love.

—No. El nombre de una muñeca que ella tenía de niña y a la que quería de un modo absorbente y posesivo. El señor Vandessyrt fue siempre un hombre algo estrafalario, ¿comprende?

—Hay que identificar a la hija perdida por el nombre de la muñeca.

—Exactamente.

—Pero pueden saberlo más personas...

—Todas las que lo sabían han muerto. Sólo queda ella, Madge.

—Es decir, ella debe pronunciar el nombre de la muñeca, como una especie de contraseña.

—Justamente, señor Love.

—Muy bien, señorita Hampton. Y ahora, ¿puede decirme cuál es mi papel en este asunto?

Antes de que Shirley pudiera contestarle, sonó el interfono. Love alargó la mano hacia la palanquita de contacto.

—¿Mattie?

—Señor Love, le llama el sargento Raines —dijo la secretaria.

—Muy bien, pásame la comunicación. —Love miró a su visitante—. Es un policía muy amigo —explicó, a la vez que levantaba el teléfono—. Hola, sargento. ¿Pasa algo?

—Sí, y muy grave. Tu cliente está en el Hospital General. No sabemos si saldrá adelante.

Love saltó en su asiento.

—¿Qué diablos pasa? ¿No habrá intentado suicidarse? —exclamó casi a gritos.

—De momento, eso es todo lo que te puedo decir. Lo único que sé es que la encontraron tumbada en el suelo de su celda, completamente inconsciente. Al acudir en su socorro, creyendo primeramente que se trataba de un desmayo, se encontraron con la sorpresa de que estaba agonizando. Max, si no te das prisa, creo que no llegarás a verla viva. Habitación cinco cero seis —concluyó Raines.

Love dejó el teléfono en su horquilla y se puso en pie.

—Tendrá que dispensarme, señorita Hampton —dijo.

—¿Malas noticias?

—Pésimas. Mi cliente, una mujer acusada de homicidio, está agonizando en el hospital. Siento no poder atenderla... —Love habló por el interfono—. Mattie si llama «Montana», anote todo lo

que le diga, ¿estamos?

—Descuide, señor Love —contestó la secretaria.

El abogado miró a Shirley.

—Su asunto me interesa en un principio —dijo—. ¿Dónde se hospeda?

—En el Granada —contestó Shirley.

—El *grill* de ese hotel tiene muy buena fama. Nos reuniremos allí a las seis y inedia. ¿Le parece bien?

—Hecho —aceptó ella con una brillante sonrisa.

* * *

El médico salió del quirófano y entregó algo al sargento Raines. Love estaba a su lado y contempló con curiosidad aquel minúsculo objeto.

—Una aguja —exclamó.

—Así es —confirmó el cirujano—. La tenía clavada en el corazón. Por fortuna, no estaba envenenada, cosa que temíamos en un principio, al ver el diminuto orificio producido por la penetración en la carne. Y es demasiado liviana, para que el corazón no siguiera latiendo, aunque con las consiguientes dificultades.

—¿Pero saldrá adelante, doctor? —preguntó Love.

—Eso esperantos, aunque le costará. No ha sido una operación sencilla, se lo aseguro. Dispensen, caballeros...

El médico se alejó a lo largo del corredor, limpio y brillante. Love y su amigo quedaron solos.

—Haré que examinen la aguja en el laboratorio —dijo Raines.

—¿Crees que se la clavó ella? —preguntó Love.

La puerta del quirófano se abrió en aquel momento. Dos enfermeros salieron, empujando una camilla. Una enfermera sostenía el frasco de suero conectado a la vena de Betty, que aparecía todavía inconsciente. Love dio un paso hacia la camilla, pero la enfermera extendió un brazo.

—No —dijo secamente.

—¿Cuándo podré verla? —consultó el joven.

—No lo sé. Venga mañana. El médico le dirá algo.

La camilla se alejó. Dos médicos más salieron del quirófano,

comentando detalles de la operación.

—Es una mujer muy robusta y de gran corazón, dicho en el sentido literal de la frase —comentó uno de los ayudantes de cirujano.

—Tal vez por eso haya podido sobrevivir —contestó el otro—. Otra persona ya estaría muerta...

Love oyó aquella palabra y miró a su amigo.

—¿Intentó suicidarse?

—No lo sé. La jefe de vigilantes me informo que Betty fue a ducharse, con otras prisioneras. Luego la oyó quejarse de cierto dolor en el pecho y quiso ayudarla; pero ella se negó, diciendo que ya se le pasaría. Después se la encontró sin conocimiento en su propia celda.

—Es decir, cuando salía de la ducha, ya tenía la aguja clavada.

—Presumiblemente, así fue, Max.

—Y se duchó con otras presas.

—Sí, desde luego.

Love movió la mano.

—Sargento averigua quiénes se ducharon con Betty —exclamó.

Reines arqueó las cejas.

—¿Qué sospechas abogado?

—Intento de asesinato.

—Sí, creo que tienes razón... En tal caso sería conveniente establecer una vigilancia en su habitación.

—Eso es cosa tuya, Sandy —indicó Love.

—Lo pediré por la radio del coche —dijo Raines—. ¿Me acompañas, Max?

—Claro. Puesto que no puedo hablar con mi cliente...

Cuando llegaron a la puerta de la calle, se encontraron con Smith.

—Max, tu secretaria me dijo que estabas aquí —exclamó el investigador.

—Aquí estoy en efecto. ¿Qué sucede «Montana»?

Smith torció el gesto.

—Malas noticias —anunció—. Acaban de encontrar muertos a los secuestradores de Betty Challoner.

Love se quedó con la boca abierta.

—No. —Dijo.

—Como lo oyes. Ya no son dos personas son dos coladores.

Love emitió un largo silbido. Raines, que volvía ya de su coche, preguntó:

—¿Que ocurre Max?

—Los secuestradores de Betty. «Montana» dice que los han asesinado...

—¡Rayos! —juró el policía—. Eso se pone cada vez más oscuro...

—Yo diría que de color rojo muy intenso —murmuró Love. Y, de pronto, se le ocurrió una idea—. ¿Merecía el secuestro de una vulgar prostituta intento de asesinato, por fortuna frustrado, y dos asesinatos consumados?

—Max —dijo sentenciosamente—. En lugar de hacerte esta pregunta, hazte otra, por favor. ¿Qué sabía Betty Challoner?

Love y su amigo cambiaron su mirada.

—Habrà que averiguarlo, «Montana» —dijo el primero.

Smith se llevó una mano a la sien.

—A la orden, señor —contestó.

CAPÍTULO III

—Se come bien, en efecto —sonrió Shirley Hampton—. Y usted parece experto en buenos restaurantes.

—Cuando es preciso, también sé pasar con un «perro caliente» —contestó el joven—. De todos modos agradezco el elogio. Y altea que hemos acabado, ¿continuamos hablando de su problema?

—Antes de seguir, por favor, dígame cómo está su cliente.

—El *post-operatorio* es satisfactorio. Se repondrá.

Shirley sonrió.

—Luego tendrá que recurrir a la cirugía estética —dijo.

—Lo que importa es salvar la vida. Fue un asesinato diabólicamente ideado. No se trataba de una aguja como pensamos en un principio, sino de un trocito de alambre de acero, convenientemente aguzado y serrado en parte a unos ocho centímetros de la punta. La longitud total apenas alcanzaba a los dieciséis centímetros, se supone. En resumen, era una aguja larga, que podía esconderse fácilmente en el pecho. Cuando terminaban de ducharse, la asesina golpeó a fondo y, al mismo tiempo, hizo un movimiento seco, con el que la aguja se partió por el trozo limado. Una parte se quedó en el corazón y la otra en la mano de la asesina. Le resultó fácil lanzarla por el desagüe de la ducha y así eliminó toda la prueba material de su crimen.

—Diabólicamente ingenioso —convino Shirley—. Pero ¿se conocen los motivos?

—No, mientras los médicos no permitan hablar a la paciente.

—Le habrán puesto vigilancia policial, después de lo ocurrido.

—Por supuesto, la policía y yo también, claro, sospechamos que es un asunto de mayor importancia de la que creía en principio. Sobre todo si pensamos que los dos secuestradores han sido

asesinados.

—Un asunto muy grave —murmuró la joven—. ¿Cree que podrá aclararlo?

—Al menos lo intentaré. No olvide que sobre mi cliente pesa una acusación de homicidio. Sólo por eso me siento obligado a seguir hasta el final. Pero hablemos ahora de su asunto y de Madge Vandessyrt.

—No sé... Le veo tan ocupado... —dudó Shirley.

—Bueno, no voy a pasarme las veinticuatro horas del día con el caso Challoner —contestó Love—. También llevo otros al mismo tiempo... Hábleme de ello, se lo ruego.

—Necesito su asesoramiento para encontrar a la heredera. Usted tiene un buen investigador.

—Sí, trabaja bien y eficazmente. Es de toda confianza, señorita Hampton.

—Entonces, puede contarle lo que pasa. Hay que encontrar a Madge. El nombre de la muñeca es, o era «Rosefly».

Love alzó los ojos.

—Un nombre bien curioso —observó.

—Los niños, ya sabe, tienden a buscar nombres extraños para sus objetos más queridos. El mundo infantil no tiene nada que ver con el de los adultos. Es de una irrealidad absoluta pero que, resulta completamente real.

—Muy cierto —concordó el abogado—. Pero en este caso la herencia Vandessyrt hay un punto que hemos pasado por alto, creo.

—¿Cuál, señor Love?

—La separación de padre e hija. ¿Cómo se produjo?

—Ocurrió a muy temprana edad. La esposa de Vandessyrt resultó un poco alegre de cascos, para decirlo de una forma metafórica, y su esposo pidió y obtuvo el divorcio. Ella se llevó a la niña consigo. —Sonrió Shirley—. Y al amante también.

—Siga —invitó Love con una sonrisa.

—En aquella época, Vandessyrt no era aun la potencia financiera que llegó a ser más tarde, aunque ya era de posición acomodada. Su ex esposa volvió a casarse y adoptó para ella y su hija el apellido de su nuevo marido. Un año más tarde, el segundo marido le cortó el cuello, al enterarse de que su mujer, es decir, la madre de la niña, no había cambiado sus hábitos.

—También le era infiel.

—Sí. Al segundo amante le hicieron respirar perfume de almendras amargas y la niña fue internada en un establecimiento del Estado.

—Perfume de... —dijo Love, desconcertado.

—Cianuro. Cámara de gas —aclaró Shirley.

—Oh, sí, qué despistado... Pero si conoce el apellido del segundo marido...

—Ahí está el caso —dijo la joven—. Vandessyrt nunca lo supo ni le importó.

Love hizo un gesto con la cabeza.

—Tendría colaboradores —supuso—. Alguno, quizá, podría estar enterado... Usted ya sabe que muchas veces el marido es el último en estar enterado del engaño.

—Por lo que hemos podido averiguar, el amante, cuando la conoció, utilizaba nombre falso. Cuando se marchó con la madre y la hija, recuperó el nombre auténtico.

—Bueno, si fue juzgado, sentenciado y ejecutado, será preciso acudir a los registros de la época. ¿Cuándo ocurrió esto, señorita Hampton?

—Hace exactamente treinta años.

—Hablaré con mi investigador. Los antecedentes de una condenada muerte no son difíciles de encontrar. En el sumario constará, sin duda, el dato del internamiento de la niña en un orfelinato. Pero ¿cómo no se le ocurrió reclamarla al padre? Ese caso tuvo que hacer ruido y él debió de enterarse...

—Recuerde, desconocía el nombre de su rival amoroso y menos todavía al utilizar éste su nombre auténtico.

—Está bien, lo investigaremos. ¿Algo más señorita Hampton?

—Sí. Llámeme Shirley.

Love se echó a reír.

—Mi nombre es Max —dijo.

—Y tiene un apellido encantador —sonrió, la joven.

—Herencia de familia. —Love consultó su reloj—. Shirley tendrá que perdonarme; debo ir al hospital, para enterarme de cómo va la salud de mí cliente.

—Puedo acompañarle; no tengo nada que hacer y me fastidiaría mucho meterme tan pronto en mi habitación.

Love miró críticamente a la joven.

—¿Qué le parece irnos después a tomar una copas... por ahí? —sugirió.

—Si no vamos a cometer excesos...

—Oh, en absoluto. Yo soy muy moderado siempre en esas ocasiones. Un trago de una vez, ése es mi lema.

Shirley se echo a reír. Cogió su bolso y se puso en pie.

—Entonces permita que vaya al tocador a empolvarme la nariz. Estaré con usted dentro de cinco minutos.

—Muy bien, de acuerdo.

* * *

Clay Smith, alias «Montana», apareció por el bufete de Love a las nueve en punto de la mañana y se sentó en un ángulo de la mesa ocupada por Mattie, la secretaria.

—¿Puedo hablar con el «Gran Jefe»? —preguntó Smith alegremente.

—Está en el baño. Acaba de levantarse —respondió la secretaria.

—¡Caramba! ¿Qué le ha pasado? Max es siempre muy madrugador...

—Cuando llegué, aún estaba en la cama, dormido como un angelito. Las ropas están tiradas en un reguero que iba desde la puerta de entrada hasta el dormitorio.

Smith miró de reojo a la secretaria, una mujer de mediana edad, muy amable y eficiente, casada y a punto de tener su primer nieto.

—Eso no es corriente en el «Gran Jefe» —murmuró.

—Tiene pocos años, es soltero y carece de compromisos —explicó la secretaria—. ¿Por qué no ha de echar de vez en cuando una cana al aire?

—Demonios tal como lo dice usted, lo que ha hecho es tirar todo el pelo...

Love apareció en aquel momento, vestido con una bata corta, y una taza de café en una mano y el platillo en la otra.

—Se habla de mí —dijo.

—Te poníamos verde —contestó el detective—. Yo trabajando como un enano y tú, dedicándote a la vida de disipación y molicie, indigna de una lumbrera del foro...

—«Montana», un abogado no trabaja solamente en su despacho o en el tribunal —contestó el joven sentenciosamente.

—Claro, claro, también yo he trabajado donde se juega y en las salas de fiestas, se baila y se ven numeritos de tías con encantos al aire. Con perdón de Mattie, claro.

—Mis encantos ya no existen —dijo melancólicamente la secretaria—. Se han marchitado como las hojas verdes de los álamos en el otoño.

Smith y Love cambiaron una mirada. Luego, el primero movió la cabeza.

—Maxie, vamos adentro —dijo—. Tenemos que hablar. Dejemos a Mattie con el palo de pincho y el saco.

—¿Palo de pincho? —se extrañó la aludida.

—Sí, para que recoja las hojas secas.

Mattie meneó la cabeza y sonrió alegremente.

—Déjeme en paz de una vez, gente perturbadora. Tengo que copiar un testamento demasiado enrevesado y ustedes están alterando mi equilibrio mental.

Love entró en su despacho y agarró la cafetera. Llenó una taza para su amigo y se sirvió la segunda.

—Tengo un nuevo trabajo para ti, «Montana» —anunció.

—Y yo traigo noticias muy interesantes para ti, «Gran jefe».

—¿Si?

—La relación completa de las fulanas que estaban duchándose con Betty Challoner. Cinco, en total. Una de ellas, no cabe la menor duda, fue la que le clavó la aguja en el corazón.

Love apuró rápidamente el contenido de la taza y cogió el papel que le tendía su amigo. Había allí los nombres de cinco mujeres, con sus antecedentes personales. Mientras repasaba la lista, Smith bebió su café y sacó cigarrillos. Encendió uno y se lo pasó a su amigo, que lo aceptó distraídamente. Luego encendió otro para sí.

—Max, para mí, lo hizo la número tres. Está acusada de causar lesiones graves con un cuchillo a su amante. Es la tercera vez que es detenida por la misma causa. Tiene un genio infernal y cada vez que se solivianta, alguien resulta con la piel agujereada. En la primera ocasión, empleó una aguja de hacer calceta, que era lo que tenía más a mano —dijo el investigador.

Love hizo un gesto negativo.

—No, no es ella —contradijo—. Pero vamos a hablar ahora de otra cosa. Tengo que encomendarte un nuevo trabajillo. Y no te preocupes de la minuta de honorarios; es un asunto en el que hay por medio veinte millones de dólares.

—¡Aire! —exclamó Smith—. Max, dame un abanico... Pero ¿hay de verdad tanto dinero en este mundo? ¿Quién es el dueño de esa fortuna?

—Escucha te lo contaré todo —dijo Love sonriendo.

Un cuarto de hora más tarde, Smith quedaba impuesto de su nueva tarea. Entonces recordó algo.

—Pero si yo buco a la niña... bueno, ya debe de tener bastante más de treinta años... Si yo la busco, repito, ¿quién investigará el intento de asesinato de Betty Challoner?

—Yo, «Montana».

—Son cinco fulanas...

—Dos de ellas ya están en la calle. Pero sólo necesito hablar con una de las dos.

—¿Cuál, Max?

—Kate Long. Ella lo hizo.

Smith miró oblicuamente a su amigo.

—A ver, explicate, Sherlock Holmes.

—Primero, entró en la cárcel por un delito menor. Abofeteó a un policía, que le reprendía por sus exhibiciones inmorales en plena calle. Es decir, se abría la blusa y enseñaba los pechos a los transeúntes.

—A eso se llama una hábil campaña de propaganda de los propios encantos personales —dijo Smith sardónicamente—. Sigue oh, «Gran Jefe».

—Segundo, el agente que la detuvo la acusó de inmoralidad y embriaguez. Pero el análisis médico demostró que Kate no tenía en su sangre ni gota de alcohol. Tercero, entró apenas Veinticuatro horas más tarde que Betty. Cuarto, salió bajo fianza el mismo día en que Betty fue herida.

—Eso pueden ser simples coincidencias —apuntó el investigador escépticamente.

—Y quinto, antes de dedicarse a enseñar sus tetas por la calle, Kate Long había trabajado años como enfermera en un importante hospital, del que fue expulsada porque se le consideró sospechosa

de apoderarse de drogas para la venta. Y una enfermera... ejem, ejem... suele ser muy hábil con las agujas de inyecciones, ¿no?

Smith abrió los ojos.

—Te ha faltado decir una cosa —sonrió.

—¿Cuál, «Montana»?

—«Elemental, querido Watson».

Love se echó a reír.

—Anda empieza ya tu trabajo —dijo.

—Sí. —Smith se dispuso a abrir la puerta, pero de pronto se volvió—. Max, cuéntame cómo son a la vuelta.

—Cómo son, ¿qué «Montana»?

—Las tetas de Kate Long.

Love agarró un cenicero y simuló arrojarlo a su amigo, pero Smith huyó a la carrera. Luego, el abogado lo dejó de nuevo sobre la mesa y se asomó al antedespacho.

—Mattie, voy a salir. No sé cuándo volveré. Siga con el trabajo normal. Si lo termina antes váyase a casa.

—Está bien, pero tenga cuidado.

—¿Cuidado?

—Sí, con los semáforos de tráfico. —Mattie le guiñó un ojo y continuó tecleando en su máquina.

CAPÍTULO IV

Kate Long no estaba en casa y alguien le informó que había salido a hacer unas compras. Love decidió aguardar en un bar cercano, situado frente al edificio donde residía la ex enfermera. Se acercó a la barra y pidió una taza de café. El mostrador estaba situado de tal modo, que podía vigilar la casa con toda discreción.

De pronto se le acercó un individuo de ropas desastradas y barba de ocho días.

—Hola —dijo—. Soy Macky, «El Yeso», Me llaman así porque una vez me rompí una pata y tuve que llevarla escayolada cuarenta días. Pero el apellido es Donner.

—Muy bien, Macky. —Love se dio cuenta de lo que pretendía el sujeto—. ¿Una copa?

—Gracias. Oiga, usted es el abogado de Betty Challoner, esa fulana a la que intentaron cargarse en la cárcel. He visto su retrato en los periódicos y conozco la historia.

—Muy interesante, ¿no?

El barman puso un vaso delante de Donner y lo llenó. Donner agarró la botella antes de que se la llevase.

—Déjala, Juanito —ordenó—. El caballero paga.

Love volvió los ojos hacia el barman.

—Sí, Juanito —confirmó.

—Está bien, pero dese prisa en hacerle hablar, antes de que se caiga bajo el mostrador —dijo el barman venenosamente.

—Es un exagerado —rezongó Donner—. Podría beberme la botella y estaría tan sereno... —Vació el vaso de un trago y volvió a llenarlo—. Abogado, voy a decirle algo interesante, pero tendrá que darme una recompensa.

—¿Veinte dólares?

Los ojos de Donner se dilataron. Love se maldijo a sí mismo. Debía haber citado la mitad de dicha cifra, pero ya no podía volverse atrás.

—¿Qué sabe usted, Macky? —preguntó a la vez que empezaba a contar los billetes.

—Lo que muy pocos saben. Dude Teller y Spike Mahonny trabajaban para Reinhardt Wacker.

Love se puso rígido. Los dos individuos nombrados eran los secuestradores de Betty, posteriormente asesinados a balazos.

—¿Seguro, Macky?

—Les vi a los dos hablando con Wacker hace aún menos de una semana. Estaban en un lugar muy discreto, donde creían que nadie podía verlos, pero yo los vi. Y, además, presencie como Wacker les entregaba un fajo de billetes de dos dedos de grueso. No tardó mucho en producirse el secuestro de Betty, así que saque usted sus propias conclusiones.

La información valía los veinte dólares, pensó Love, mientras entregaba el dinero al sujeto. De pronto, se le ocurrió una idea y sacó una tarjeta de visita.

—Macky, cuando tenga algo interesante que decirme, llame a este teléfono. Si no le contesta mi secretaria, habrá una grabadora automática.

Donner hizo un remedo de saludo militar.

—Sí, señor.

En aquel momento, Love vio a través de la ventana a una mujer que se disponía a entrar en la casa de enfrente, portando una gran bolsa de papel en las manos.

—Tengo que marcharme. Mucho gusto, Macky.

—Tenga cuidado, abogado. Kate es como una araña venenosa.

Love había echado a andar y se detuvo un momento, para mirar nuevamente al «soplón». Donner le hizo un alegre guiño. Love sonrió, meneó la cabeza y siguió andando.

* * *

Era una mujer alta, de grandes pechos y sólidas caderas. Resultaba ciertamente atractiva para los tipos a quienes les gustasen las exuberancias físicas. Pero el rostro era duro, maligno, y en él

brillaban dos pupilas azules que parecían trozos de cuarzo.

—Soy Love, abogado —se presentó, apenas ella hubo abierto la puerta.

—No necesito de ningún picapleitos —contestó Kate—. Ya tengo el mío. Lárguese —añadió, a la vez que intentaba cerrar.

Love metió primero el pie y luego el hombro. Katee salió rebotada.

—¿Está loco? —chilló—. ¿Quiere que llame a la policía?

El índice de Love señaló el teléfono.

—Hágalo —dijo, lacónico.

Kate apretó las mandíbulas. Buscó tabaco y se puso un cigarrillo en los labios. Love, galante, le ofreció la llama de su encendedor.

—Kate, hablemos de su arresto —dijo.

—Estaba un tanto bebida. No veía acudir ningún cliente, así que empecé a exhibirme. No se puede tener la mercancía guardada en el interior de la tienda. Hay que sacarla al escaparate, ¿no lo cree?

—Son opiniones —sonrió el abogado—. ¿Cuánto le pagaron, Kate?

—¿Me pag...? ¿Qué está diciendo, hombre?

—Vamos, vamos, no trate de engañarme. Usted tío estaba borracha cuando abofeteó al guardia que intentó evitar su exhibición pectoral. Lo hizo adrede, para conseguir entrar en la cárcel.

—¿Y por qué había de hacer yo una cosa semejante? Aunque sea sin dinero, se está mejor en la calle, ¿no le parece?

—A veces, la suma ofrecida es lo suficientemente interesante como para pasarse un par de días a la «sombra».

Kate sacudió la cabeza.

—No es cierto —contestó.

—¡Usted fue enfermera en el *Memoria*!

—Sí. No tengo por qué ocultarlo. Tenía un amigo que estaba muy grave y sufría mucho. Yo le llevaba morfina a escondidas y dijeron que robaba drogas para venderlas... ¡Una vil mentira, se lo juro! —gritó ella excitadamente.

—Por tanto sabe manejar muy bien las agujas —dijo Love impasible.

El rostro de Kate adquirió repentinamente una tonalidad cenicienta. La mano que sostenía el cigarrillo tembló

perceptiblemente.

—Kate, dígame, ¿quién le pagó por clavar una aguja en el corazón de Betty Challoner?

Sobrevino un instante de silencio. La culpabilidad de la ex enfermera saltaba a la vista, se dijo Love.

De súbito, Kate lanzó un ronco grito, a la vez que llevaba la mano a su cabello. Love apenas tuvo tiempo de elevar la izquierda, para, asir la muñeca de la mujer y sujetarla antes de que le clavara el largo punzón, brillante y mortífero, que había tenido escondido en su pelo.

Mientras forcejeaban, con los pies, sin embargo, clavados en el suelo, Love dijo que Kate era una mujer prevenida. No una, sino dos agujas había tenido preparadas, para disponer de un repuesto en caso de fallar el primer golpe. Allí a pocos centímetros de sus ojos, estaba la prueba:

De pronto, hizo un seco movimiento de torsión y la aguja cayó al suelo, clavándose en el entarimado con sonido apenas perceptible. Love empujó y Kate cayó sobre el diván, con los pies en alto.

—Será mejor que hable —dijo Love severamente—. Betty va a salvarse y si dice voluntariamente lo que paso, el juez lo tendrá en cuenta al considerar el caso. ¿Quién le pagó para matar a Betty?

Kate dudó un segundo. Love se inclinó y desclavó el punzón. Si, a unos siete centímetros de la punta se veía la muesca hecha con una lima, que permitía partirlo con toda facilidad, una vez clavado en la carne de la víctima.

—No quiere hablar —insistió.

Ella continuaba vacilando. Ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta se abría lentamente. Una mano enguantada en negro, asomó, empuñando una pistola con silenciador.

Entonces, Kate vio el arma y chilló. El primer balazo atravesó su seno derecho y se introdujo oblicuamente en su pecho.

Saltó como un conejo herido, aullando espeluznantemente. Dos balas más sonaron, la última de las cuales perforó el pómulo derecho, la arrojaron sobre el diván convirtiéndola en un ovillo de sangre, de la cual había escapado la vida instantáneamente.

La puerta se cerró. Love se quedó quieto. Al cabo de unos instantes, corrió hacia la ventana. No tardó mucho en ver a un

hombre que salía a la calle, caminado tranquilamente. Pero Kate vivía en un quinto piso y la distancia era excesiva para captar detalles de importancia.

El asesino se marchó en un automóvil, de aspecto completamente vulgar. Love lanzó un suspiro, se acercó a Kate, y cogiéndole la muñeca izquierda le tomó el pulso. Llamó a la policía.

* * *

—Ya me he enterado de lo sucedido —dijo Shirley aquella noche, mientras cenaban en el Granada—. Debe ser muy espantoso ver morir a una persona a balazos, ante sus propios ojos, ¿verdad?

—No es muy agradable, en efecto —convino Love—. Por desgracia murió muy a tiempo para la persona que le *había* pagado para asesinar a mi cliente.

—Veo en usted una expresión de reproche hacia sí mismo —dijo Shirley—. No se lo tome así; probablemente, Kate estaba ya condenada a muerte.

—Sí, eso creo yo también.

Love se sentía desganado. Su plato aparecía casi intacto.

—Pero ella salió de la cárcel bajo fianza —exclamó Shirley—. Se podría averiguar quién la puso, ¿no le parece?

—Oh, un fiador profesional. Pero no sacaríamos nada en limpio.

—¿Cree que no hablaría?

Love hizo un gesto negativo.

—Tal vez pero diría el nombre de un intermediario... o incluso podría resultar que ese nombre fuera ficticio. No hay modo de saberlo, Shirley.

De pronto vio a un hombre en la entrada del *grill* y agitó la mano. Smith caminó rectamente hacia la mesa.

—Hola —sonrió el detective—, traigo noticias.

—Siéntate y pide algo —dijo Love—. Shirley, éste es Clay Smith, alias «Montana», un tipo tan hábil como los rastreadores del Oeste de hace un siglo. “Montana”, Filia es Shirley Hampton, de Hampton, Strong, Davis y Hampton, de Sacramento.

—¡Caramba! —exclamó el detective—. No sabía que los abogados se organizaran en divisiones.

—No seas bruto —le apostrofó Love—. Bueno, ella es nuestra

cliente, así que saca a relucir todo lo que sepas.

—La mamá de la niña de la muñeca se casó con Edwin Walker. Un año después, murió asesinada. Walker fue ejecutado catorce meses más tarde. La niña, Isabella, fue al orfelinato estatal. Antes de que su padrastro respirase el gas letal, ella fue adoptada por un matrimonio sin hijos.

—Y se perdió su rastro —dijo Shirley.

—Aguarde un momento —pidió Smith—. Esto parece un serial de la radio. Los padres adoptivos de la niña se apedillaban Larrymore. Tenían una granja en el Valle de San Fernando. Cuando se llevaron a Isabella consigo, la niña tenía casi seis años. Ocho más tarde empezó a sufrir el acoso de su padre adoptivo.

—Suele suceder, por desgracia —dijo Love con los ojos entrecerrados.

—¿Qué más? —solicitó Shirley.

—Isabella estaba ya muy desarrollada. La señora Larrymore volvió un día de la compra y la encontró debajo de su marido. Imagínese el resto de la escena. Parece que la chica negó siempre que hubiese accedido voluntariamente. Se supone que Larrymore la amenazó de muerte si no accedía a sus pretensiones, aunque esto no se ha podido saber por el momento.

—¿Y...? —dijo Love.

—La señora Larrymore era una mujer de pelo en pecho, con perdón, y agarró por el cinturón a su marido y empezó a sacudir a la chica. Isabella tenía también su genio, se lo quitó y empezó a devolver los golpes. Resumiendo, acabó en un reformatorio.

—¿Qué pasó después?

Smith enseñó las palmas de sus manos, vacías.

—Salió a los dieciocho años y se ha perdido su rastro por completo —respondió.

Shirley hizo un gesto de desánimo.

—Hablaré luego con papá —dijo—. Tal vez sea conveniente poner un anuncio en los periódicos.

—Las herederas acudirán como moscas —vaticinó el investigador.

—Sólo una conoce la contraseña —alegó Shirley.

—De todos modos, no tengáis prisa —aconsejó Smith—. Es un asunto que tiene remedio, aunque no sea para hoy.

—Tú tienes alguna idea —adivinó Love.

—Sí, en efecto. —Smith suspiró—. Ha sido un día de un ajetreo terrible. He corrido como pocas veces en mi vida... y lo que me espera.

—¿Por qué, «Montana»?

—Para seguir el rastro de Isabella, tengo que localizar un montón de chicas que estuvieron con ella en el orfelinato. Alguna podrá darme datos de interés sobre la niña de «Rosefly».

—Es cierto.

—Señor Smith...

—«Montana», por favor —interrumpió el investigador a Shirley—. Detesto profundamente mi apellido —añadió sonriendo.

—Ni siquiera se ha casado —dijo Love.

—No quiero correr riesgos de propagación de la especie —contestó Smith muy serio—. ¿Iba a decirme algo, señorita Hampton?

—Shirley —rogó ella—. Sí. Quiero decirle que no reparare en gastos. No se preocupe por los honorarios, ¿comprendido?

Smith volvió los ojos hacia su amigo.

—Así da gusto trabajar —exclamó.

—Pero no abuses —advirtió Love.

—En el testamento figura una manda de cincuenta mil dólares para el que encuentre a Madge Vandessyrt —declaró Shirley.

—Ya lo has oído, «Montana»; aguza el ingenio y encuéntrala —recomendó el joven.

—Me siento como un caballo al que le aplican las espuelas en el flanco derecho —rió el investigador.

—¿Sólo en el derecho? —se extrañó Shirley.

—El izquierdo se mueve al mismo tiempo.

La joven soltó una alegre carcajada. Love meneó la cabeza.

—«Montana» es incorregible —dijo.

—Sí, lo admito —manifestó el aludido—. Pero también averiguo cosas que los otros no llegan a saber jamás, si no se las cuento.

—¿Por ejemplo?

—El tipo que «apioló» a la ex enfermera. Es Dinkus Hoffer, con un apodo enteramente apropiado a su oficio: «Scythe».

—«El Guadaña» —se estremeció Shirley.

—Muy interesante, pero, en cambio, yo he llegado a saber algo

tan interesante o más —dijo Love—. Los secuestradores de Betty trabajaron, al menos en esta ocasión, para Reinhardt Wacker.

Smith lanzó un largo silbido.

—Me pregunto por qué demonios... perdón, Shirley. Quiero decir que por qué un hombre de su categoría pudo interesarse de esa manera por una vulgar trotacalles.

—No lo sé —contestó Love—. Pero mañana pienso preguntárselo.

CAPÍTULO V

Reinhardt Wacker era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, fornido, con el pecho lleno de vello y con evidentes señales de lucha contra la obesidad, que va empezaba a acusarse en la curva del vientre. Estaba sentado a la sombra de un gran parasol de vivos colores, junto a la piscina donde nadaba perezosamente una mujer rubia.

Los ojos de Wacker, en contraste con su pelo rubio, eran muy negros. Love sospechó de los cuidados de un peluquero para aclarar un cabello que, originariamente, debía de ser mucho más oscuro. A Wacker, sin duda, le agradaba parecer más joven. Pero las patas de gallo en los ojos y la incipiente papada traicionaban su juvenil aspecto.

Wacker leyó de nuevo la tarjeta de visita y sonrió.

—Siéntese, abogado —invitó. Chasqueó los dedos y un atildado camarero de color acudió en el acto—. Augusto, sirve al caballero.

—Sí, señor.

—*Whisky* con dos cubitos —indicó Love.

—Muy bien, señor.

El camarero puso la bebida delante de Love. Luego se retiró discretamente.

—¿Y bien, abogado? ¿En qué puedo servir a una deslumbrante figura del foro?

—No tanto —sonrió el joven—. Sólo soy un abogado corriente... con un cliente al que trata de defender de una acusación de homicidio.

—Betty Challoner —dijo Wacker.

—Sí, la misma.

—Lo siento. No puedo decirle nada.

—Mi cliente fue secuestrada por dos individuos, desafortunadamente fallecidos, llamados Spike Mahonny y Dude Teller. Se le vio a usted hablando con ellos.

—Es posible —admitió Wacker tranquilamente—. Tengo negocios con muchas personas y de todas clases.

—También le vieron entregarle un fajo de billetes de dos dedos de grueso.

—Me hacían chantaje.

—¿De veras?

—Puede creerme o no, me es indiferente.

—En el caso, tengo derecho a sospechar de su relación con esos asesinatos.

—Ahí se equivoca, abogado.

—¿Por qué, señor Wacker?

—La víctima de un chantaje no mata al chantajista, a menos que tenga ya en su poder los documentos que sirven para ese chantaje.

Love miró con desconfianza a su interlocutor.

—Usted, un hombre tan poderoso, ¿temía a dos vulgares hampones?

—No hay enemigo pequeño, abogado. Usted, mejor que nadie, debería saberlo.

Era un tipo muy escurridizo, pensó el joven. No tenía la menor duda de que Wacker era el que había ordenado el inhumano secuestro de Betty, pero ¿por qué?

—¿Y no teme que el asesino de los chantajistas pueda, a su vez, hacerle ahora también chantaje?

—Por ahora, no sé nada al respecto. Cuando llegue el momento, tomaré una decisión al respecto. Y hasta es posible que me ponga en contacto con usted.

—Se lo agradeceré.

La mujer que nadaba en la piscina salió del agua por el otro lado, completamente desnuda. Con el rabillo del ojo, Love la vio agacharse para coger una bata de felpa, que ella se puso a continuación. Luego, atándose el cinturón, se acercó a los dos hombres.

De pronto, Love sufrió un fuerte choque. Por un momento, creyó hallarse en presencia de una persona conocida. Luego se dijo que era algo imposible y se puso en pie.

—Abogado, le presento a May Crane —dijo Wacker—. May, el señor Love.

—Amor —rió la rubia, de cuerpo exuberante y rostro muy atractivo—. Me gusta.

—A todos nos gusta el amor, señorita Crane —dijo el joven sonriendo—. Señor Wacker, ha sido un placer. Le ruego perdone las molestias que haya podido causarle.

—No se preocupe, abogado.

Love hizo una ligera inclinación de cabeza dirigida a la rubia y se marchó. Ella, a continuación, se apoderó del vaso que el joven apenas había tocado y se sentó en el brazo del sillón ocupado por Wacker. Deliberadamente, abrió la bata, de modo que el hombre pudiera contemplar el redondo seno izquierdo, pero Wacker ignoró por completo el atractivo panorama.

—May.

—Sí, cariño.

—Tienes que sonsacar a ese abogado.

—¿Cómo, Reinie? —Era el diminutivo que sólo contadas personas empleaban con Wacker.

—¿No te lo imaginas?

May suspiró. Sí, se lo imaginaba. Y pensó que resultaría delicioso hacer el amor con un hombre que se apellidaba precisamente Love.

—Le arrancaré todos sus secretos —garantizó.

—Y luego cerrarás la boca o te la cerraré yo para siempre.

—No tendrás motivos para quejarte de mí, cariño —aseguró la rubia.

* * *

Love llegó ante la puerta de la habitación ocupada por Betty y enseñó sus credenciales.

—Soy su defensor —dijo.

El policía de vigilancia abrió.

—Entre, pero me parece que aún no podrá hablar con ella —manifestó.

Había una enfermera sentada junto a la cama en la que, bajo una tienda de oxígeno, yacía la paciente. Al verle, la enfermera se

llevó un dedo a los labios.

—Soy su abogado defensor —siseó Love.

—Ahora duerme —contestó la enfermera en el mismo tono.

Love se acercó al lecho. La respiración de Betty, todavía entubada, era regular, le pareció.

—¿Cómo está?

—El *post-operatorio* es normal, aunque le costará recuperarse plenamente. Pero es una mujer muy fuerte. Otra no lo hubiera resistido.

Love sonrió.

—Éstas son buenas noticias. ¿Habla? —preguntó.

—Todavía no.

El joven dejó una tarjeta de visita encima de la mesilla.

—Cuando esté en condiciones de hablar un poco, avíseme, se lo ruego. Dígaselo también a su relevo.

—Sí, señor.

En aquel momento, Betty se agitó débilmente y movió los labios. La enfermera se levantó, para inclinarse sobre el lecho.

—Está soñando —musitó.

—Ha pasado unos momentos muy desagradables —dijo Love.

Fuera, un policía de uniforme se acercaba al que custodiaba la puerta de la habitación ocupada por Betty. Love se disponía a salir en aquel preciso instante.

—Hola —dijo el recién llegado—. Vengo a relevarte.

—Está bien.

El relevo quedó de espaldas a la puerta, con los brazos cruzados, justo en el momento en que abría Love. Lo primero que vio el abogado fue un grueso cuello, con una enorme verruga bajo la nuca, un poco a la izquierda.

Love se detuvo instantáneamente.

Conocía aquella verruga la había visto meses atrás, en el juicio contra un tipo acusado de extorsión, malos tratos e incitación a la prostitución, entre otras cosas. Paradójicamente, el acusado se había convertido en el acusador, demandando a la persona que le había denunciado y a la que Love había tenido que defender.

El juicio había durado varias sesiones. Love había tenido ocasión de ver a aquella verruga, hasta aprendérsela de memoria.

Con el rabillo del ojo, vio que el otro policía se disponía a tomar

el ascensor.

—¡Quieto! —gritó—. ¡No se vaya! ¡Este hombre es un impostor!

El agente se volvió en el acto. El «Verruga» lanzó una imprecación al oír el grito proferido a sus espaldas y sacó su revólver.

Love intentó golpear la mano armada con el portafolio, pero recibió un brutal codazo en el estómago que le lanzó contra la jamba de la puerta. En el interior de la habitación, la enfermera, alarmada, se puso en pie de un salto.

El auténtico policía sacó su revólver.

—¡Alto! —gritó—. ¡Tire el arma!

Pero el otro no le hizo el menor caso y disparó una vez. El policía revelado, hizo fuego a su vez. Had Surrey, alias «El verruga» abrió los brazos y cayó de espaldas.

Un enorme revuelo se produjo inmediatamente en el hospital. El policía corrió hacia el caído y se inclinó sobre él.

—Demonios —dijo—. Nunca pensé en que alguien pudiera atreverse a una cosa semejante.

—La próxima vez que se encuentre en una ocasión semejante, pídale las credenciales a su relevo, aunque sea su hermano —dijo Love severamente.

—Si, sí, señor... Avisaré en el acto a Jefatura...

Un médico interno llegó y auscultó al caído. Inmediatamente meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer —dijo.

Love asintió.

—Es preferible que haya sido él —murmuró sobriamente.

Esperó hasta que hubo llegado su amigo el sargento Raines, prudentemente avisado. Después de conversar unos minutos sobre el incidente Love dijo:

—Sandy, es evidente que alguien quiere eliminar a Betty del mundo dé los vivos. Será conveniente un refuerzo de la vigilancia y... —Bajó la voz—. Cuidado con el personal sanitario también.

Raines asintió.

—Me ocuparé en persona del caso —prometió.

Cuando llegó a casa, Mattie se levantaba para marcharse.

—Ahí tiene todo el trabajo —indicó la secretaria—. Repáselo por si encuentra algún defecto. Ya me lo dirá mañana.

—Muy bien, Mattie, es usted un sol —sonrió el joven.

Ella le miró impertinentemente.

—Ustedes los hombres, son monótonos. Mi marido me dice lo mismo desde hace veinticinco años.

—Y que se lo diga durante cincuenta años más —contestó él con acento jovial.

Mattie se dirigió hacia la puerta.

—Ah, tenga cuidado con la que le aguarda en el despacho —dijo.

—¿Quién me aguarda en él, Mattie?

Pero la secretaria había cerrado ya la puerta. Intrigado, Love cruzó la antesala y abrió su despacho.

Estaba vacío. Frunció el ceño, preguntándose si Mattie no había intentado ganarle alguna broma.

Pero la puerta que comunicaba al despacho con el interior del apartamento estaba entreabierta. Love terminó de abrirla y entonces vio a la mujer, lánguidamente reclinada sobre el diván, con un vaso en alto.

—Hola —sonrió la rubia—. ¿No quieres pasar?

Love la contempló en silencio durante unos instantes. May Crane llevaba puesto un peinador muy corto, color rojizo, debajo del cual se advertían con toda claridad el sostén, las bragas y el portaligas que sujetaba las medias, todo el conjunto de un color rojo fuego. Debía de pensar que aquella indumentaria era el no va más del erotismo, se dijo.

El vestido de calle estaba sobre una silla. Era evidente que May no había tenido que hacer más que quitárselo y sustituirlo por el peinador, que cabía en el hueco de la mano.

Las intenciones de May resultaban meridianamente diáfanas. Love sonrió a la vez que hacía señales con el índice.

Ella se levantó.

—Tú me llamas, y yo acudo a tu llamada, oh, mi señor —dijo con fingido servilismo.

Era muy alta, apreció Love, al tenerla frente así, aunque los tacones de diez centímetros de sus zapatos también tenían mucho

que ver con su estatura. Durante unos segundos, contempló el seductor espectáculo que era el profundo valle, cálido y perfumado, que dividía los senos, innegable atractivo sensual.

—Voy a decirte una cosa. Repítesela a Wacker cuando le veas. Es más seguro instalar micrófonos secretos —dijo heladamente.

May dejó de sonreír en el acto.

—¿Qué tratas de insinuar? —exclamó.

—Ya te he dicho todo. Es suficiente.

—Pero...

—¿Te vistes o te echo yo a la calle?

Ella se recuperó de la sorpresa y trató de Sonreír.

—¿No te gustan las mujeres? —preguntó malévolamente.

—Me gustan a rabiar. Pero en determinadas circunstancias.

—Max te aseguro que...

De pronto se oyó una voz en el umbral.

—¡Max! Oh, dispensen...

Love se volvió. Roja como una guinda por la escena que estaba presenciando, Shirley Hampton parecía enormemente turbada ante la situación en la que acababa de sorprender a la pareja.

CAPÍTULO VI

Con toda desenvoltura May se quitó el peinador y buscó su vestido, que se pasó por encima de su cabeza, la cual agitó a continuación, para ahuecarse el cabello.

—Parece que mi competidora ha llegado tan oportunamente como el Séptimo de Caballería —dijo despechada.

—La Caballería detesta a los pieles rojas —contestó Shirley intencionadamente.

Los ojos de May chispearon de cólera.

—Se ve que tus gustos son otros, abogado —exclamó—. Pero apostaría algo a que ese palillo con patas carece en absoluto de experiencia.

—Es posible —contestó Shirley tranquilamente—. En cambio sé hacer otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Partirte la cara si no te largas de inmediato.

—Oh... —May lanzó un grito de rabia—. Pero, que... ¿qué te has creído...? Especie de zorra distinguida.

Shirley disparó el puño derecho. Alcanzada de lleno en el mentón, May cayó al suelo, con los pies por alto, enseñando un fascinador panorama de sedas y encajes rojos.

Love sonreía, aparentemente ajeno a la cuestión.

—Shirley, ¿siempre defiendes así a tus clientes? —preguntó socarrón.

—Lo siento. Esa mujer me ha sacado de mis casillas —contestó la joven—. Llamarme palillo con faldas.

—Yo creí que era otra la frase que ha provocado tu enojo.

—Eso no me importa en absoluto, Max. ¿De veras piensas que soy una mujer flaca?

Love contemplo unos instantes la esbelta silueta de la joven, delgada y fina, pero con las curvas adecuadas en los lugares adecuados por la naturaleza.

—Tienes un tipo sensacional —declaró.

May se había puesto ya en pie y recogía el peinador, para guardarlo en el bolso. Al salir, miró con furia al joven.

—Te acordarás de esto —prometió.

—No te olvides de los micrófonos secretos —insistió Love burlonamente.

La rubia se marchó dando un fenomenal portazo. Love se volvió hacia Shirley.

—¿Te apetece algo de beber, campeona?

—Café, por favor. Y quiero que me expliques lo que ha pasado aquí —solicitó ella enérgicamente.

—Ven a la cocina. Te lo explicaré, aunque no es mi obligación. Esto se relaciona con Betty Challoner y no con Madge Vandessyrt.

Shirley siguió al joven. Love puso la cafetera al fuego.

—He visitado a Wacker —dijo a continuación—. Como comprenderás, no quiso admitir la menor relación con el secuestro de Betty.

—Sí, pero ¿qué hacía esa rubia de fuego en tu casa?

—Es la «chica» dé Wacker. La conocí en su residencia. Estoy seguro de que Wacker la envió aquí para seducirme.

—Y sonsacarte...

—Imagínate.

—Sí, en esas circunstancias, el hombre se siente débil —dijo Shirley con sorna.

—También a las mujeres les pasa. No son ninguna excepción.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que quiere averiguar Wacker? ¿No es él quien ordenó asesinar a Betty? ¿No la secuestró primeramente? Si Betty sabe algo, ¿por qué no se lo preguntó directamente?

—Demasiadas preguntas —se quejó Love—. Y no tengo respuestas para ninguna de ellas. ¿Quieres fumar? —ofreció.

—Sí, dame.

Encendieron los cigarrillos. Love lanzó una ojeada a la cafetera. El agua no había empezado a hervir todavía. Ella le contemplaba con el codo izquierdo apoyado en el antebrazo opuesto. El cigarrillo humeaba en su mano lentamente.

—Debe de saber algo muy perjudicial para él, ¿no crees? —dijo, rompiendo el silencio en que habían caído.

—Es algo incomprensible. —Love sacó la cafetera del fuego y empezó a llenar las tazas—. Si lo que dices es cierto, pudo ordenar su asesinato antes del secuestro y no después.

—Quizá temía que Betty le declarase complicado en el secuestro —apuntó Shirley.

—Ella me dijo que ignoraba quién era el jefe de Teller y Mahonny. Ni siquiera apuntó la menor sospecha hacia Wacker.

—Todo eso hace el caso enormemente complicado, Max.

—Sí, pero tú no tienes que preocuparte por resolverlo. Tus preocupaciones son de otra índole, mucho más pacíficas.

—Es verdad —reconoció la joven—. ¿Cuándo crees que tendré noticias de «Montana»?

Love hizo un gesto ambiguo.

—Mañana, dentro de una semana... Clay es impredecible, aunque, eso sí, consigue resultados.

—Max, he leído en los periódicos el relato del frustrado asalto al hospital. De no haber sido por ti, Betty estaría muerta ahora.

—Reconocí una maldita verruga que hace menos de un año llegó a constituir una obsesión para mí —contestó el abogado—. Incluso fue la causa de un par de pesadillas nada agradables.

—Pero si Surrey hubiese disparado su revólver, se habría oído la detonación...

—Le encontraron un silenciador escondido entre las ropas. Aunque hay una enfermera constantemente junto a Betty, a veces tiene que ir al lavabo.

—Oh, comprendo... Surrey no dijo nada, creo.

—Murió instantáneamente.

—¿Era un asesino profesional?

—No en la forma en que se entiende ese siniestro oficio. Pero no tenían a mano a nadie más.

—¿Por qué?

—Quizá Dinkus, «El Guadaña», temió ser reconocido.

Love apuró su taza de café y se encaminó hacia la puerta.

—Shirley, tengo trabajo —manifestó.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció ella.

—Oh, sólo son asuntos de mi bufete. Lo siento, me gustaría

invitarte a cenar.

—Otro día —sonrió la joven.

Shirley se marchó. Love cogió la carpeta que Mattie le había dejado preparada, pero no pudo concentrar su atención en los documentos allí contenidos. Su mente estaba fija en el hombre a quien quería visitar aquella misma noche. Ignoraba dónde vivía, pero sí sabía de alguien que podría indicárselo.

* * *

El aspecto de Macky Donner había cambiado notablemente. Llevaba ropas limpias y tenía el rostro cuidadosamente rasurado. Donner vio al joven y sonrió de un modo especial.

—Soy yo —dijo—. Estoy desconocido, ¿verdad?

Love asintió.

—¿Tomamos una copa, Macky?

—Claro.

Juanito les llevó una botella y dos vasos a una mesa situada en un rincón. Love llenó los dos vasos y levantó el suyo.

—Salud, Macky.

—Salud, abogado.

Bebieron en silencio. Love había cambiado de atuendo para la ocasión. Ahora llevaba una camisa a cuadros, de tonos discretos, y cazadora de loneta de color crema y pantalones vaqueros. Era una indumentaria menos llamativa que la que utilizaba habitualmente.

—Desembuche, abogado —pidió Macky.

—El apodo es «Scythe» —dijo Love.

Macky llenó su vaso otra vez.

—Cuidado —avisó a media voz.

—Me imagino que es un hombre peligroso. Quiero saber dónde vive.

—¿Para qué?

—Disparó tres veces contra Kate Long.

—Usted estaba con ella cuando «Scythe» hizo funcionar su máquina.

—Sí.

Donner se frotó la mandíbula con fuerza.

—He oído decir que se presentó a la Policía, asegurando que

tiene una coartada.

—Vamos, se curó antes de enfermar.

—Claro. Tiene un hermano gemelo. Son como dos gotas de agua. ¿Se imagina las cosas que pueden hacer dos tipos así?

Love se quedó pasmado al oír la revelación.

—No me lo dijeron...

—Pues ya lo sabe, abogado. ¿A cuál de los dos busca usted? Porque ambos emplean, o les aplican, el mismo apodo.

—Dinkus.

—El otro se llama Clavius. Viven en el mil ochocientos sesenta y siete de Sunset. Compran dos ejemplares de cada prenda de ropa.

—Bueno, Dinkus probó su coartada, cubierto por su hermano. Y a éste, ¿quién le cubre? ¿Es que la Policía ignora ese detalle?

—Por supuesto que no. Pero son dos tipos muy astutos. El que actúa siempre es Dinkus, quiero decir, que es él quien carga con todas las responsabilidades. ¿Quién sabe?, tal vez fue Clavius el que se cargó a la ex enfermera.

—Ahora ya lo entiendo. —Love dejó unos billetes sobre la mesa —. ¿Hay suficiente, Macky?

Donner soltó una risita.

—Su cliente le va a costar dinero, en lugar de dárselo a ganar — comentó irónicamente.

—Son gajes del oficio. Pero es una mujer indefensa.

—Sí, comprendo. Abogado...

—Dígame, Macky.

—Lleve un chaleco blindado... No, mejor una armadura medieval.

—¿Tan peligrosos son esos dos hermanos?

—Saben utilizar toda clase de armas, se lo advierto.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, quiero que me diga una cosa.

—¿Sí?

—Se llama May Crane. ¿La conoce?

Donner rió entre dientes.

—Hace menos de seis meses se daba por contenta si podía cobrar diez «pavos» a un marinero borracho —contestó.

—Sostenía los faroles del alumbrado público, ¿eh?

Donner escupió a un lado.

—Yo no me acostaría con ella, aunque me pagasen cien mil

dólares —dijo.

—¿Por qué?

—Hace poco más de un año, estuvo en tratamiento médico. — Donner meneó la cabeza—. Digan lo que digan, la sífilis no se cura jamás.

—Horror —rió Love—. Está muy bien enterado de las cosas, Macky.

—Sé mantener abiertos los ojos y los oídos. Y sólo despego los labios cuando conviene.

—Siga así —se despidió el joven.

Salió a la calle sonriendo, preguntándose cuál sería la reacción de Wacker al conocer ciertos detalles sobre la salud sexual de su amigueta de turno.

De pronto, recordó la visita de May. Se estremeció. Sí hubiera cedido a sus encantos...

Eta preferible no pensar en ello. El problema inmediato estaba en los hermanos Hoffer.

¿Cuál de ellos había matado a Kate Long?

CAPÍTULO VII

La casa parecía corresponder a personas de clase media acomodada, aunque no tanto como para disponer de una piscina en la parte posterior del jardín. Era de una sola planta, con garaje adosado, la residencia adecuada para dos individuos que probablemente pasarían en la vecindad como agentes de seguros, corredores o cualquier profesión por el estilo, que no les obligase a un horario fijo.

«La muerte no tenía nunca horario fijo», pensó, mientras trataba de encontrar la mejor forma de abordar el problema. Hacía ya rato que era de noche y en la casa no se veía ninguna luz. Love se apeó y caminó oblicuamente por el trozo cubierto de césped que había en el edificio. Cerrada la puerta delantera, pensó en la posterior.

Estaba abierta, comprobó segundos más tarde. Entró cautelosamente y escuchó unos momentos. Encendió la luz un instante, para orientarse. Las cortinas de las ventanas que daban a la parte posterior del jardín estaban corridas, lo mismo que las delanteras. Se veía claramente que a los Hoffer no les gustaba que nadie atisbase lo que pasaba en el interior de la casa.

Cruzó la cocina y la abrió. El silencio continuaba denso, opresivo. Love se arriesgó a encender otra luz.

Nadie pareció advertir su presencia. Llegó a la sala, discretamente decorada, y miró a su alrededor. No lejos de la entrada divisó un mullido diván, con grandes almohadones.

Un repentino impulso le hizo levantar los almohadones.

Debajo del más cercano a la puerta encontró una pistola automática. En aquella arma no se podía acopiar un silenciador, apreció de inmediato.

La pistola tenía puesto el seguro. Estaba allí, para una

eventualidad, supuso. El calibre era un 25, más pequeño que el correspondiente a las balas que habían segado la vida de Kate Long. No era por tanto el arma homicida.

Inesperadamente sonó una voz a sus espaldas.

—¿Puedo saber qué hace aquí, amigo?

Love procuró dominar la sorpresa.

—¿Hoffer? —dijo sin volverse.

—Sí.

—¿Cuál de los dos?

—Uno de los dos.

—Ya. Busco al que disparó contra Kate Long.

—Nosotros no lo hicimos. ¿Quién es usted?

Love guardó silencio. Hoffer dijo:

—Tengo una pistola en la mano. Le apunta al centro del espinazo. Puedo partírselo, sin matarle. Quedará inválido por el resto de sus días.

—¿Estudió medicina?

—Simplemente, conozco bien los efectos de una bala en esa región del cuerpo. Conteste a mi pregunta, por favor.

La voz del asesino era suave, bien educada, pero envolvía una amenaza imposible de ignorar.

—Max Love, abogado.

—¿Desde cuándo un abogado, defensor de la ley, se dedica a asaltar casas ajenas? —preguntó Hoffer sarcásticamente.

—Desde que me enteré que aquí vive el que hizo callar para siempre a Kate Long.

—No es cierto.

—Yo estaba con ella. Le vi después, cuando salía de la casa.

Love advirtió un gesto de inquietud en el pistolero. De pronto, agarró un almohadón con la mano, izquierda y, moviéndola en semicírculo, lo despidió con violencia hacia atrás, a la vez que saltaba a un lado.

La pistola de Hoffer despidió un leve chasquido, una fracción de segundo antes de que el almohadón golpeará la mano que la sostenía. No fue un impacto dañino, pero sí lo suficiente para hacer que el arma saltara por los aires, debido más a la sorpresa que al impacto del cojín.

Hoffer lanzó una imprecación y se agachó para recoger el arma

perdida. Love exclamó:

—¡Quieto!

Hoffer se inmovilizó, con los dedos a un palmo de la pistola. En esta posición volvió la cabeza y divisó la otra pistola en la mano del intruso.

—Le he quitado el seguro —añadió Love—. Toque esa pistola y le meteré cuatro balas en el cuerpo antes de que pueda hacer otro disparo.

* * *

Resoplando furiosamente, Hoffer se irguió. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado y de facciones chupadas. El pelo tenía un color indefinido. Lo llevaba muy corto, casi tapado, observó Love. Seguramente, para confundir más a la gente. Quizá el otro hermano tenía menos pelo y el corte lo disimulaba hábilmente.

—No fui yo —dijo roncamente.

—Entonces fue el otro —sonrió Love.

—Pero ¿por qué diablos...?

—Hoffer, sólo quiero saber una cosa. Dígame, ¿quién le pagó por asesinar a Kate?

Hoffer sonrió burlonamente.

—Antes dijo que es abogado.

—Sí —admitió el joven.

—Un abogado jamás traiciona a su cliente.

—No eche mano del socorrido recurso profesional. Eso no se admite en su caso, Hoffer.

Los brazos del asesino se cruzaron sobre su pecho.

—No diré nada —contestó.

Love levantó lentamente el brazo derecho y apuntó a la frente de Hoffer.

—Esta clase de pistolas hacen muy poco ruido —dijo—. Algún vecino oirá el disparo, pero le parecerá que es... una silla caída de golpe o una puerta que se cierra. No le prestarán mucha atención, créame. Y sólo necesitaré una bala para atravesarle la frente.

El rostro de Hoffer reflejó súbitamente inquietud.

—Diablos, no se atreverá...

—Pruebe a seguir callado y lo sabrá —dijo Love, inflexible.

—Usted no mataría a una persona a sangre fría...

—Cuando pienso en los tipos de su calaña, me digo que no me costaría demasiado apretar el gatillo. Exactamente, cinco segundos. Haré la cuenta atrás, como en los lanzamientos de Cabo Kennedy. ¡Cinco...!

De repente, Love sintió el contacto de, algo duro en los riñones. Una mano le quitó la pistola.

—No te preocupes, hermano —dijo el silenciosamente recién llegado—; este petimetre no te hará el menor daño.

El otro Hoffer había llegado inadvertidamente, pensó Love en una fracción de segundo. Pero antes de que transcurriera aquel diminuto espacio de tiempo, ya estaba moviéndose porque sabía que la inacción era un enemigo mucho más peligroso que cualquiera de los dos hermanos.

Giró violentísimamente, cuando él recién llegado apenas acababa de hablar, con el codo izquierdo a la altura del hombro. El codo golpeó la cara de Hoffer y le hizo trastabillar, a la vez que rugía de furia.

El otro hermano lanzó una obscena interjección, a la vez que se arrojaba hacia su pistola. Pero Love no había concluido todavía.

Al terminar su giro, agarró al segundo Hoffer por los hombros y lo hizo girar en redondo, colocándolo ante su cuerpo. El primero disparó en aquel preciso instante.

—¡Dinkus, me has matado!

Fue un aullido animal. Love aprovechó la estupefacción surgida en el ánimo del autor del disparo y lanzó a Clavius hacia adelante con todas sus fuerzas.

Los dos hermanos rodaron por el suelo. Love saltó hacia Dinkus y le golpeó con el pie en el mentón, cuando intentaba recuperarse. Dinkus emitió un gruñido y cayó de espaldas.

Love inspiró con fuerzas. Clavius en el suelo se debatía con las últimas convulsiones. El hecho no dejaba de tener un aspecto de cierta ironía. El asesino había hecho justicia con otro asesino.

Pero aún quedaba tino de ellos vivos. Tras reflexionar unos instantes, Love decidió cambiar su plan.

Probablemente ya no conseguiría averiguar quién había pagado a Dinkus por matar a Kate Long. Quizá ni él mismo lo sabía; la operación se había efectuado por medio de persona interpuesta.

Pero, al menos, había una presa para la policía.

Dinkus despertó, atado y amordazado sólidamente con los cordones de una de las cortinas. Miró a su izquierda y vio inmóvil el cuerpo de su hermano.

—Le mataré —dijo rabiosamente—. Juro que un día me las pagará...

Love hizo saltar la pistola pequeña en la palma de la mano.

—Me la llevo —contestó con frialdad—. Cuando llegue la policía, encontrará dos pistolas idénticas. Siempre os gustó la igualdad en todo, ¿no es así?

—Diré que fue usted...

Love se echó a reír.

—No seas idiota —le apostrofó—. ¿Quién te creería? Tengo un prestigio, lo mismo que tú, sólo que el mío es de muy distinta clase.

La mandíbula de Hoffer se contrajo bruscamente. Love guardó la pistola en el bolsillo y se dirigió hacia la puerta.

—Buena suerte —deseó al salir. Pero sólo por puta fórmula.

* * *

Estaban tomando una bebida refrescante, en una barra, cuando, de pronto, se acercó el sargento Raines.

—Max, quiero hablar contigo —manifestó.

—Puedes hacerlo delante de ella —sonrió Love—. Shirley, te presento a Sandy Raines, sargento de Homicidios. Sandy, ella es Shirley Hampton, de Hampton, Strong, Davis y Hampton, Sacramento.

Raines levantó las cejas.

—¡Cuántos! —exclamó.

—Es lo que dicen casi todos, cuando lo oyen —sonrió Shirley—. Encantada, Sandy.

—Mucho gusto —dijo Raines—. Max, Dinkus Hoffer está en jefatura.

—He leído los periódicos —contestó Love.

—Ha dicho una cosa muy curiosa. Estuviste en su casa anoche.

—Dinkus es un mentiroso.

—Alguien avisó a la policía. Encontraron muerto al otro hermano. Dinkus estaba atado como un cerdo, con perdón, señorita

Hampton.

—La palabra no me asusta en absoluto, Sandy —contestó la joven—. Además, el cerdo es un animal muy simpático... después de muerto, claro.

Love miró de hito en hito a su amigo.

—No sé nada —dijo.

—Max, eres un tipo muy desagradable en ocasiones. ¿Por qué no me ayudas? —se quejó Raines.

—¿Por qué no le preguntas a Dinkus quién le pagó por matar a Kate Long?

—Voy a decirte una cosa que te hará sonreír precisamente. El fiscal piensa ponerlo en libertad.

—Sandy, eso no puede ser —barbotó Love, indignado.

—Puede ser —contestó Raines, impasible.

—Pero mató a su hermano...

—Accidentalmente. Clavius se cruzó en el camino de la bala que disparaba contra un intruso. Se sabe positivamente que los dos hermanos se querían muchísimo.

—¿Y qué?

—Dinkus sostiene que fue Clavius el que asesinó a Kate. ¿Cómo probar lo contrario?

Leve se quedó muy preocupado al oír aquellas palabras.

—Entonces... ¿no ha servido de nada? —murmuró.

—Deberías habernos avisado. Las cosas habrían cambiado de muy distinta manera —le reprochó el policía.

—Sandy, no digas tonterías. Ya habíais hablado con Dinkus y aceptado su coartada. Un segundo interrogatorio hubiera dado el mismo resultado.

—Puede que sí, pero el caso es que Clavius está muerto, que Dinkus te culpa de ello y que va a salir en libertad. Tendrás que mirar continuamente por encima de tu hombro. Lo cual no es nada agradable, Max.

Love asintió.

—Lo tomo en cuenta, gracias, Sandy.

—No hay de qué. Y, a propósito, ¿quién pagó a Dinkus por asesinar a Kate Long?

Love miró fijamente a su amigo. A la vez que sonreía.

—No me harás caer en la trampa —respondió.

—Ten cuidado. Señorita Sacramento...

—Hampton —puntualizó Shirley.

—¡Sí, pero son tantos!

Raines se marchó. Shirley puso una mano sobre el brazo del joven.

—Max, me siento muy preocupada —confesó.

Love dejó unas monedas sobre el mostrador.

—No se atreverá —dijo—. Sabe que si lo hiciera, lo detendrían inmediatamente. Y esta vez, no tendría un hermano para cubrirse.

—Sí, pero tú ya estarías muerto —exclamó Shirley incisivamente.

—Procuraré seguir el consejo de Raines y miraré constantemente por encima del hombro. ¿Vamos?

—¿Adónde? —quiso saber la joven.

—Al hospital. Quiero ver cómo sigue Betty.

Shirley recogió su bolso.

—Y todavía no hay noticias de «Montana» —suspiró.

—Dale tiempo. Lo conseguirá; es un magnífico rastreador —aseguró Love.

CAPÍTULO VIII

Había un guardia uniformado ante la puerta de la habitación de Betty y otro, de paisano, en el interior. El segundo fue el que concedió permiso para la entrevista, bajo la supervisión de la enfermera, no sin comprobar la documentación de los dos jóvenes y registrar minuciosamente el portafolios y el bolso, respectivamente.

Betty seguía en la misma situación, pero ya tenía abiertos los ojos. Sonrió levemente al ver a Love.

—Aún no puede hablar —indicó la enfermera.

—¿Se lo impide algo? —preguntó Love.

—El médico.

—Ah...

Love agitó una mano amistosamente. Betty contestó con un rápido pestañeo. Luego fijó la vista en Shirley.

—Es un colega. Abogado también —dijo Love.

Betty asintió con los párpados. Love se volvió hacia la enfermera.

—¿Cuándo podrá hablar? —preguntó.

—Si se refiere a un interrogatorio relacionado con su caso, varios días. Mañana, tal vez, pueda cambiar un saludo, pero nada más.

—Será preciso armarse de paciencia —suspiró Love.

—Sí, señor.

El joven movió de nuevo la mano.

—Nos vamos. Celebro tu mejoría, Betty.

La paciente contestó de la misma forma. Love abandonó la habitación, seguido por Shirley.

—Vivirá, y me siento muy satisfecho —dijo.

—Es curioso —comentó Shirley—. Perdona, pero no trato de

herirte... Sin embargo, me extraña que te relaciones con una mujer como Betty.

—Viene ya de antigua, hace un par de años. Una noche de lluvia, para ser más exactos, la liberé de las garras de un tipo pendenciero. Ella me llevó a su casa, a tomar un par de copas. Yo estaba empapado en agua, de pies a cabeza. Había pasado mucho rato bajo la lluvia.

Shirley le miró suspicazmente.

—Eso... ¿no indica un amor frustrado?

—Pues, sí, lo has adivinado. Fue un duro golpe, Shirley.

—No te imaginaba tan sensible —sonrió ella.

Ya estaban en la calle. Love abrió la portezuela del automóvil.

—¿No te has enamorado nunca? —preguntó.

Shirley vaciló ligeramente.

—Tenía diecisiete años —contestó.

—Y él tenía cuarenta, era alto, distinguido, guapo, con las sienes blancas, y hablaba muy bien, maravillosamente. ¿No es así?

Ella sorprendida se volvió.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Sueños de adolescente —rió Love—. Pasa con frecuencia, aunque espero que lo hayas olvidado.

—A decir verdad me costó bastante.

—¿Cómo lo conseguiste? —Love accionó el contacto y el coche arrancó—. ¿Sumergiéndote en los libros de leyes?

—En parte, así fue. Y por otro lado supe que era casado.

Love sonrió socarronamente.

—Un hombre maduro, experimentado, y una muchacha que apenas acaba de surgir a la vida —dijo—. El ideal sueño de amor, ¿verdad?

—El despertar fue muy amargo —contestó Shirley.

—Pero ya se pasó, supongo.

—Sí. No es ya ni humo en el horizonte, Max.

—Lo celebro. ¿Vamos a almorzar?

—Es una buena idea —contestó ella.

* * *

Smith apareció aquella tarde. Shirley estaba en el despacho de

Love y lanzó un grito de alegría al ver al investigador.

—¡«Montana»!

—Agua, agua por favor... —gimió Smith—. Agua para un viajero que acaba de atravesar el desierto...

—Mejor *whisky* —sonrió Love—. ¿Cansado, «Montana»?

Smith se derrumbó sobre el diván.

—¡Uf!

Love llenó una copa y se volvió hacia Shirley.

—Cuando dice «¡Uf!» es que tiene noticias interesantes —dijo—.

Ya verás.

—Pero que las extienda —pidió Shirley, impaciente—. No podemos contentarnos con ese condenado monosílabo.

Smith miró a su amigo por encima de la copa.

—Habla como si estuviera en un tribunal —comentó.

—«Montana», tú no escribes cuentos de «suspense» —dijo Love sarcásticamente—. Suéltalo de una vez.

El investigador soltó una risita. Luego metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un sobre, del que extrajo una fotografía.

—Fue hace diecinueve años, cuando Madge Vandessyrt estaba en el orfelinato, entonces llamada Isabella Walker. Es la tercera de la segunda fila, contando a partir de la izquierda del espectador. La he señalado en un círculo.

—¡Magnífico! —exclamó Shirley alborozadamente—. «Montana» es usted un genio.

—Aguarde, todavía falta localizarla. Tengo su fotografía en la que no se ve mucho, ciertamente, pero no sé absolutamente nada sobre su paradero. He conseguido localizar, e interrogar a cuatro de las chicas que se ven en la fotografía, tres de las cuales son respetables madres de familias. La cuarta sigue soltera. Ninguna de ellas tiene la menor idea de dónde pueda encontrarse ahora Isabella.

—«Montana», ¿se te ocurrió preguntarles algo sobre una muñeca? —dijo Love.

—Max, esa fotografía corresponde a chicas que eran todas de la misma edad. A sus años, ya no se juega con muñecas —contestó el investigador.

—Hombre yo lo dije como una posibilidad...

—Pero todavía queda una esperanza —añadió Smith.

—Diga, «Montana» —pidió Shirley ansiosamente.

—Tengo que encontrar a una mujer llamada Mary Charles, la que según me han dicho, era una gran amiga de Isabella. Tanto es así, que dormían en la misma habitación y tenían un cierto parecido fisonómico que, en vista de la amistad que llegó a unir las, hizo que sus demás compañeras las consideraran como hermanas.

Love enarcó las cejas.

—¿Tienes alguna pista sobre Mary Charles? —preguntó.

Smith hizo un gesto negativo.

—No tengo otro remedio que seguir buscando —contestó. Miró a la joven y añadió—: Lamento no haber traído mejores noticias.

Shirley sonrió suavemente.

—«Montana», en estos pocos días, ha adelantado usted más que nosotros en varios meses —elogió—. No se desanime, se lo ruego.

—Da gusto oír hablar así a un abogado —rió el investigador. Y se puso en pie para marcharse.

—«Montana», déjame la fotografía —solicitó Love.

—Sí, claro.

—¿Por cierto, figura Mary Charles en la fotografía?

—No. Según he podido saber, ese día estaba en la enfermería del orfelinato. Tentativa de suicidio, ¿sabes?

Love meneó la cabeza.

—Es una lástima —dijo—. Aunque hace ya casi veinte años se reconoce fácilmente a Isabella. Lo mismo nos sucedería con Mary... ¿por qué le cambiaría su madre el nombre de Madge a Isabella?

—Por dos razones: una, para despistar a su padre; otra, el nombre de Madge nunca le había gustado. Isabella le parecía más sonoro, más propio de una heroína de drama o de novela romántica. La ex señora Vandessyrt tenía muchos pájaros en la cabeza. Vivía en un mundo totalmente irreal; por eso tuvo el lío con Walker, un hombre veinte años más joven que su marido. El esposo, dedicado únicamente a ganar dinero. El hombre joven fue para ella una especie de revelación... hasta que se dio cuenta de que no era más que un chulo. Entonces ya era tarde.

—Una pobre mujer, ingenua y crédula, causó la ruina de la niña que no tenía la culpa de sus delirios mentales. —Dijo Shirley apesadumbrada.

Smith suspiró.

—Así es la vida —se despidió—. Procuraré volver pronto, con buenas noticias.

Love y Shirley quedaron solos. Ella recogió su bolso.

—Yo también me marchó —manifestó—. Max, ten cuidado con Hoffer.

—Miraré por encima del hombro —sonrió él.

* * *

Dormía aún profundamente, cuando, de pronto, el estridor del timbre telefónico perforó las brumas del sueño y llegó hasta su cerebro. A tientas, alargó una mano y descolgó el teléfono.

—Love —dijo.

—Hola, abogado. Soy Donner.

—Macky, ¿por qué me despiertas tan temprano? —se quejó el joven.

—Creo que el asunto vale la pena, hombre —dijo el confidente—. ¿Ha oído hablar alguna vez de Tad Greene?

—Jamás. ¿Qué sucede con ese individuo?

—Era uña y carne de Wacker. Conoce más secretos de él que nadie en el asunto. Yo lo ignoraba hasta ahora, pero me he enterado; por eso lo llamo.

—Macky, ¿qué ignoraba usted?

—Pues... eso... que la uña y la carne se han separado. Por lo visto, Reinie, como, lo llaman sus íntimos, le jugó una mala pasada a Greene. Éste se enfadó y lo mandó al diablo. Ahora trabaja independientemente.

—¿Cuál fue la mala pasada, Macky?

—Le quitó la chica.

—Ah...

—Es esa rubia que habrá visto usted junto a Reinie. Greene estaba chiflado por ella y le supo mal que su jefe se la birlara. —Donner soltó una risita—. Greene no sabe el favor que le hizo Reinie, quitándosela.

—Macky, ¿cree que Greene se mostrará colaborador?

—Inténtelo, es todo lo que le puedo decir.

—Muy bien, gracias.

—Añada veinte «pavos» en la próxima ocasión, abogado.

—De acuerdo, Macky.

—Y guárdese las espaldas.

—¿Eh...?

—Dinkus ha salido de caza. Usted es la pieza.

—Lo sé.

—Se cruzan apuestas.

—Vaya —resopló Love—. ¿Cuál es la oferta?

—Diez a uno en una semana. Tres a uno en la mitad de tiempo.

Dos a uno en veinticuatro horas.

Love emitió una amarga carcajada.

—Por lo visto, nadie duda de que Dinkus conseguirá cobrar su pieza —dijo.

—Yo soy el único que ha apostado por usted; veinte dólares, a veinticinco a uno.

—Mack, ¿por qué confía en mí? —preguntó Love, curioso.

—Abogado, un hombre que se tropieza con dos tipos como Hoffer y sale vivo de la refriega, es que vale. No me deje en mal lugar; ganaría quinientos «pavos».

—Por interés propio, procuraré que gane. Pero aún no me ha dicho en qué consiste el trabajo independiente de Greene.

—Un bar de «

top-Less

» en La Brea, cuatro mil doscientos quince. El nombre es «Two Golden Apples».

—«Las dos manzanas de oro» —tradujo Love.

Donner volvió a lanzar una de sus características risitas.

—Es el nombre más adecuado para el local, ¿verdad?

—Indudablemente, Macky.

Love se fue al baño a continuación. Luego, cuando llegó Mattie, despachó unos cuantos asuntos y, alrededor de las once de la mañana, se encaminó al hospital.

Betty ofrecía ahora un aspecto mucho más atractivo. Ya le habían quitado todos los tubos, aunque la enfermera recomendó al visitante que no la excitase con preguntas acerca del asunto que la había traído al hospital.

—Aún tardará algunos días en poder soportar un interrogatorio de cierta intensidad —añadió.

—Está bien. —Love sonrió junto a la cama y tomo una de las manos de la paciente—. Me alegro infinito de verte mejor, Betty.

—Gracias —murmuró ella con voz muy débil—. He visto la muerte muy cerca...

—Pero te salvaste, que es lo que importa. Ahora no debes preocuparte de nada más. Sólo tienes que interesarte por tu convalecencia.

Betty sonrió.

—Debo de tener una cicatriz espantosa...

—Hoy día la cirugía estética hace milagros —dijo Love jovialmente.

—Pero cuesta dinero.

—Lo encontraremos no te preocupes.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de la paciente.

—Max, has sido tan bueno conmigo...

Love palmoteó suavemente su mano.

—No tiene importancia, lo mismo hubiese hecho con cualquier otra —contestó.

La enfermera se asomó en aquel momento.

—Por favor...

Love se puso en pie. Inclinandose, besó la mejilla de Betty y luego agitó la mano.

—Olvida todo. Concéntrate exclusivamente en la convalecencia —aconsejó como despedida.

CAPÍTULO III

Cuando llegó al bar de Greene, observó que allí ocurría algo raro.

Desde la puerta, observó un grupo de chicas, con el torso desnudo, amontonadas en un rincón, muy amedrentadas, al parecer. Tras el mostrador había un hombre de unos cuarenta y cinco años, fornido, medio calvo, en cuyo rostro advertía una expresión de furia impotente.

Love oyó un repentino estallido de vidrios rotos. Alguien rió burlonamente.

Asomó la cabeza con precaución. Había dos hombres que reían con gran estrépito, mientras se dedicaban a destrozar el interior del local. Un tercero, con el codo izquierdo apoyado en el mostrador, jugueteaba con una pistola, que hacía voltear en torno a su índice con aparente indiferencia.

Love frunció el ceño. Lo que estaba viendo no le gustaba en absoluto.

Parecía una venganza, pensó. Sí era así, si ayudaba a Greene, éste tal vez agradecido...

Junto a la entrada una mesa hecha astillas. Love vio una hermosa pata de madera. Pero le preocupaba el tipo de la pistola.

De pronto vio a su izquierda una botella, sobre una mesa todavía intacta. Con gran sigilo, agarró la botella y tomó impulso.

La botella voló por los aires y fue a estrellarse contra el rostro del tipo de la pistola, que se derrumbó fulminado, sin saber qué le había ocurrido. Los otros dos, atónitos, se volvieron.

Greene, miró asombrado al desconocido que se atrevía a salir en su defensa. Love avanzó un par de pasos hacia el interior del local.

—Hola, chicos —saludó desenvueltamente.

—¿Quién es éste, Lefty?

—No lo sé, Jack.

—Parece que quiere estropearnos la diversión.

—Eso no me gusta en absoluto. ¿Se lo decimos?

—Sí, ahora mismo.

Lefty y Jack avanzaron simultáneamente hacia Love. Sonreían satisfechos, refocilándose por anticipado de lo que iban a disfrutar apaleando al intruso.

De súbito, Love agarró la pata de madera y saltó hacia adelante. Lefty cayó en el acto, con la frente abierta por el garrotazo.

Jack se movió a un lado. Love movió el improvisado garrote en sentido lateral y alcanzó el costado del hampón, de cuyos labios se escapó un aullido.

Las chicas aplaudieron.

—Más, más...

—Dale de firme...

—Machácale, los...

—En los morros a ese hijo de puta...

Love sonrió. Jack cargó de nuevo contra él, ahora con la cabeza gacha. Love saltó a un lado y la pata de madera se abatió violentamente contra las posaderas del sujeto, que volvió a chillar.

A partir de ese momento, el garrote se movió velozmente, castigando sin piedad al hampón, hasta hacerlo caer al suelo, sollozando abyectamente. Jack levantó las manos declarándose derrotado, y Love se conformó suspendiendo el vapuleo.

Greene le contempló con admiración.

—Escuche, no sé quién es usted, pero a partir de ahora, puede considerarse mi amigo —dijo.

Love sonrió.

—¿Qué va hacer con esos tipos? —preguntó.

Los ojos de Greene despidieron una mirada inflamada.

—Hijos de puta... Casi me destrozan el local...

—Algún dinero llevarán encima. ¿Por qué no se cobra los desperfectos? —sugirió Love.

—Sí, tiene razón.

Greene abandonó el mostrador y empezó a registrar los bolsillos de los asaltantes. Momentos después se retiraba satisfecho, con un puñado de billetes en las manos.

—Debe de haber mil quinientos —sonrió.

—Ya tiene para pagar al decorador —dijo Love—. Ahora convendría que los echase de aquí. Deseo hablar con usted, Tad.

—Muy bien, pero antes...

Greene se acercó al hombre de la pistola, que ya empezaba a rebullir. Lo miró un momento y luego de súbito, le aplastó los dedos de la mano derecha con un terrible taconazo.

Sonó un feroz aullido. Greene repitió el golpe. El pistolero se desvaneció.

Jack empezaba a levantarse.

—Llévatelos —rugió Greene—. La próxima vez, os recibiré a tiros. Díselo así al cabrón de Wacker, ¿entendido?

Love oyó aquellas palabras y las almacenó en su memoria. Las chicas una vez restablecida la normalidad, se aplicaban a reparar los desperfectos de la mejor manera posible.

Greene movió una mano.

—Sígame, amigo.

* * *

Greene puso el pie sobre una silla y apoyó el codo derecho sobre la rodilla.

—¿Nada más? —preguntó Love.

—Suficiente, ¿no?

Love sonrió.

—Wacker le hizo un favor —dijo.

—No me diga...

—May tuvo sífilis hace poco más de un año.

Greene quitó el pie de la silla inmediatamente.

—¡Por todos los diablos!

—Le aconsejo que vaya a un médico cuanto antes, por precaución, ¿sabe?

—Lo haré, descuide. Oiga, ¿cómo lo sabe?

—Me lo dijo un pajarito —sonrió Love—. El mismo pajarito que me dio la noticia de su separación con Wacker.

Greene emitió un sonido.

—Cerdo —masculló. Miró al joven penetrantemente—. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué quiso matar a Betty Challoner?

—No lo entiendo, no soy capaz de comprenderlo. Ella es una... cualquiera, como cientos... y sé que jamás tuvo con Wacker la menor relación. Ve, ahora, por ejemplo, May ha podido enterarse de algunas cosas. Si muriese violentamente se podría encontrar un motivo. Pero ése no es el caso de Challoner.

Love hizo un gesto de desánimo.

—Creí que usted...

—Le diría lo que fuera, si lo supiera. Ya no tengo nada que ver con Wacker ni le debo nada.

—Siento haberle molestado, Tad —con una sonrisa de circunstancias, dijo Love.

—Y yo siento no poder ayudarle. —De todas formas si averiguo algo, se lo diré inmediatamente.

—Gracias.

—Y ya sabe, siempre que quiera una copa... o el cuerpo le pida un poco de desahogo, venga aquí. Tiene el gasto pagado. En todos los sentidos —dijo Greene maliciosamente.

—Las chicas son muy bonitas, en efecto —sonrió Love.

—Y están sanas.

—Como manzanas.

Greene soltó una estruendosa carcajada.

—Absolutamente cierto.

De pronto llamaron a la puerta. Greene cruzó el reservado y abrió la puerta.

—¿Qué ocurre, Roxana?

Love divisó a una hermosa pelirroja, de redondos senos, que parecía muy preocupada.

—Estuvo unos minutos, pero se marchó enseguida —dijo ella, con la vista fija en el joven—. Preguntó por él —añadió.

—¿Quién era? —exclamó Love.

—No dijo su nombre, pero yo le he reconocido. Dinkus Hoffer.

Greene se volvió hacia Love.

—Le busca, Max.

—Lo sé.

Greene cerró la puerta nuevamente.

—Está en un buen aprieto, Max —dijo.

—Sí.

—Hoffer es el peor individuo que he visto jamás en la vida —

manifestó el dueño del local.

—Usted tiene motivos para saberlo, ¿no?

Greene se miró la punta de los zapatos.

—Yo... Bueno, quiero decir que nunca, a las personas decentes...

—Entiendo, Tad —sonrió Love.

—En esta cochina vida... —refunfuñó el sujeto—. Max, tengo una salida trasera.

—Magnifico. La usaré. No deje de llamarme si tiene noticias.

—Descuide.

* * *

Cuando Shirley llegó a casa del abogado, era de noche y encontró a Love entregado a una extraña labor.

—¿Qué haces, Max?

—Ya ves, construyéndome un arma —sonrió él—. En la cocina hay café.

—Pensé que hoy vendrías a cenar conmigo.

—Imposible, hoy he tenido trabajo.

—¿Hay noticias?

—Muy pocas. Me «soplaron» el nombre de un tipo, pero no dio resultado.

Shirley divisó un plato sobre la mesa, en el que había un par de docenas de bolas de acero, de un centímetro de grueso. Intrigada se preguntó para qué quería Love aquellas esferas.

—¿Ha llamado «Montana»?

—No.

Love terminó su tarea y realizó un par de pruebas. Sonrió satisfecho.

—Espero que resulte —dijo.

—Pero ¿para qué quieres eso? —preguntó ella, muerta de curiosidad.

Love se puso en pie, caminó hacia las ventanas, cubierta con sus espesos cortinajes.

—Apaga la luz —indicó.

Shirley obedeció. Love separó ligeramente las cortinas.

—Sigue ahí —dijo—. Ya puedes encender la luz.

—¿Quién es, Max?

—Dinkus Hoffer.

Shirley sintió un escalofrío.

—¿Va a venir? —exclamó.

—Ya está ahí.

Ella estaba muy pálida.

—Max...

—Shirley, ve a mi dormitorio y empieza a desnudarte.

—¡Estás loco! A fuera hay un hombre que quiere matarte y tú solo piensas en... en... Además, ¿quién te has creído que soy? —protestó ella indignadamente.

Love sonrió.

—En el dormitorio, como en este salón, hay dos juegos de cortinas: las de tejido espeso, que no dejan pasar la luz, y las de muselina, que permiten ver las siluetas. Hazle un pequeño numerito de *«strip-tease»*, que vea la silueta solamente.

Shirley se mordió los labios.

—¿Y después?

—Te metes en la cama y apagas la luz. Nada más.

—Creo que entiendo...

—Gracias, encanto. Espera —dijo él súbitamente.

Descorrió las cortinas gruesas, abrazó a la joven y la besó. Luego la empujó con ambas manos.

—Haz lo que te he dicho, Shirley.

—Suerte —le deseó ella.

Love apagó la luz segundos más tarde. Entonces, con gran cuidado, alzó el bastidor de la ventana.

Miró por un lado. El coche sospechoso estaba junto a la acera. Desde allí, podía distinguir vagamente la silueta del conductor.

La luz del dormitorio arrojaba un vago resplandor sobre el exterior. Al cabo de unos momentos, desapareció el resplandor.

Pasaron diez minutos más. De pronto, se abrió la portezuela del coche.

Hoffer se apeó lentamente. Miró a derecha y a izquierda. La calle estaba completamente desierta.

Paso a paso, avanzó hacia la casa. Love espiaba cuidadosamente el menor de los movimientos.

Unos segundos después, Hoffer sacó la pistola.

CAPÍTULO X

Love tomó puntería. El extraño aparato que Shirley le había visto construir era un potente tirador de goma.

Un amigo suyo, propietario de un importante taller de reparaciones, le había construido la horquilla, con un trozo de barrilla de hierro de la construcción. Love se había ocupado de las gomas. El mismo amigo le había proporcionado los rodamientos a bolas, para utilizarlos como proyectiles.

Estiró las gomas al máximo. Cuando Hoffer estaba a seis pasos de la puerta de su dormitorio, disparó el primer proyectil.

Se oyó un seco chasquido. Hoffer, sorprendido lanzó un pequeño grito, a la vez que se tambaleaba.

Love disparó la segunda bala y le alcanzó de lleno en el antebrazo derecho, arrancándole un aullido de dolor. La pistola cayó sobre la hierba en el acto.

Hoffer se inclinó para recogerla con la mano izquierda, borbotando imprecaciones. Love disparó el tercer proyectil, que le alcanzó de lleno en el muslo izquierdo. El asesino rodó por tierra, pero se levantó en el acto, justo a tiempo de recibir una bala en el estómago. A pesar de la protección de su chaqueta abrochada, el dolor del impacto resultó terrible.

Love «hizo fuego» de nuevo. Esta vez alcanzó el hombro derecho de Hoffer, quien desmoralizado emprendió la retirada, implacable. Love le persiguió, disparando bola tras bola. Perdió dos de ellas, pero aún consiguió dos blancos más, en la espalda y en las posaderas.

Hoffer consiguió refugiarse en el coche. Love hizo el último disparo y la bola convirtió en blanco el transparente de uno de los vidrios. El coche arrancó con un potente rugido.

Pero Hoffer estaba completamente desconcertado y sus movimientos carecían de coordinación. Treinta metros más adelante, perdió el control del vehículo y se estrelló contra un árbol.

Love agarró una botella y salió corriendo de la casa. Llegó al coche, abrió la portezuela y arrojó unos chorros de *whisky* sobre las ropas de Hoffer, que había perdido el conocimiento momentáneamente. La botella quedó en el asiento derecho delantero.

Algunas ventanas empezaron a iluminarse. Love regresó a casa. Shirley se asomó por la ventana.

—Max...

—Vuelve adentro —ordenó él.

Ella obedeció en el acto. Love sacó un pañuelo y agarró la pistola abandonada por Hoffer. Apuntó hacia la ventana del salón y disparó dos veces. Luego, con el arma convenientemente oculta, regresó al coche y la dejó junto a la botella.

Alguien corría hacia el vehículo accidentado.

—Ya he llamado a la policía —dijo el vecino.

—Habrá que avisar también a una ambulancia —contestó Love. De repente, lanzó una exclamación—. ¡Eh, mire, ese hombre llevaba una pistola!

El vecino retrocedió, amedrentado.

—No toque nada, hasta que llegue la patrulla —aconsejó.

—Desde luego —contestó Love complaciente.

Minutos más tarde, regresaba a su casa. Shirley, sentada en la cama, con las sábanas delante del pecho, le miró expectante.

—¿Hasta cuándo voy a seguir así? —preguntó ella.

—Me gustaría decir toda la noche...

—Ni lo sueñes —contestó ella vivamente.

—Por eso no lo digo. ¿Me permites?

—¿Adónde vas?

—A llamar a la policía —respondió él.

—Pero ¿no se han llevado ya a Hoffer?

—Todavía no saben que disparó dos veces contra mí.

—Max, si tú le hiciste correr a balazos...

Love le guiñó el ojo.

—Hay dos impactos en la sala —contestó—. Vístete y los verás.

Shirley se sentía estupefacta. Sólo comprendió la verdad cuando el joven se la hubo explicado.

—De modo, que lo retiras de la circulación —adivinó.

—El lo negará, pero han encontrado la pistola en su coche y verán las señales de dos balazos. ¿A quién creerán?

Shirley suspiró.

—Y pensar que yo vine para un asunto poco menos que burocrático y me estoy viendo envuelta en un montón de casos de asesinatos...

—¿No da eso un poco de aliciente a tu vida monótona y sin perspectivas?

—Según se mire —remoloneó ella.

—Yo lo miraría desde un punto muy particular —dijo Love.

—¿Cómo?

—Puesto que no te vas a quedar aquí toda la noche es inútil que te lo diga. Y ahora discúlpame pero he de llamar a la policía.

En aquel mismo momento sonó el teléfono.

Love levantó el aparato y dio su nombre.

—Soy Greene —dijo el otro—. Tengo algo para usted. Creo que resultará interesante. No es gran cosa...

—Como dijo aquél, gota a gota se llena el estanque —rió Love—. Suéltelo, Tad.

—May Crane, no se llama así. Es un nombre de conveniencia. Me acordé mucho más tarde y, la verdad, no sé si le resultará útil. Pero de todas formas se lo diré.

—Gracias Tad. Hable ya.

—El verdadero nombre de esa sifilítica es Mary Charles.

Love se quedó sin habla. Shirley captó la súbita alteración de sus facciones. Greene se alarmó.

—Eh, abogado, ¿le pasa algo? ¿No me contesta?

—Oh, estoy bien... Tad, no sé cómo darles las gracias... —Celebro haberle devuelto el favor— rió Greene.

—Sí, ha sido un gran favor —convino Love—. ¿Pero cómo lo supo usted?

—Oh, me lo dijo ella misma... Mary Charles le parecía muy vulgar y por eso utiliza el nombre de May Crane.

—Entendido, gracias otra vez.

Love dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia la joven.

Shirley le miraba con tremenda ansiedad.

—¿Es importante, Max?

—Sí. Hemos encontrado a Mary Charles.

* * *

Durante todo el día siguiente, Love permaneció pegado al teléfono. A las cuatro de la tarde llamó Smith.

—Ya la tengo, Max.

—¿Qué haces?

—He entrado en una peluquería de la Novena. Parece que tiene para rato.

—Bien, no te muevas de ahí. Voy en el acto.

—De acuerdo.

Love llegó al punto de la cita media hora más tarde. Smith le hizo señales desde su coche y el joven se acercó.

—Sigue dentro —informó el detective.

—Perfectamente. Ahora déjala de mi cuenta.

—¿No quieres que me quede?

—No, gracias, «Montana».

Smith hizo girar la llave de contacto.

—Suerte —sonrió al arrancar.

Love abandonó su coche y se situó junto a la lujosa peluquería. Sacó un cigarrillo, lo encendió y se dispuso a soportar una paciente espera. Nunca se sabía el tiempo que podía emplear una mujer en la peluquería.

* * *

May Crane salió, atractiva, arrogante, satisfecha de la vida, envuelta en un sutil perfume muy agradable. Caminó unos pasos y entonces Love se emparejó a ella.

—Tengo mi coche —dijo—. No es necesario que llames a un taxi.

Ella se volvió, terriblemente sorprendida.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Hablar contigo. Conozco un bar discreto, situado a cuatro

manzanas más abajo.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó ella burlona.

—Puede ser. —Love abrió la portezuela del coche—. Sube —indicó.

May se sentó, dejando que la falda del vestido subiera hasta más de medio muslo, justo para permitir ver la presilla de las ligas. Love hizo arrancar el coche, sin conceder una sola mirada al fascinante panorama.

Diez minutos más tarde estaban sentados a ambos lados de una mesa, en un rincón discreto. Love encargó dos martinis. May encendió un cigarrillo, un tanto nerviosa, apreció el joven.

—Habla —pidió ella, después de expulsarle el humo a la cara.

—May, no te ofendas, no te enfades... pero té que has pasado algunos años en un orfelinato —dijo Love.

Ella se puso rígida.

—No es ninguna deshonra —contestó.

—En todo caso para tus padres, si te abandonaron.

—No los conocí nunca.

—Lo siento. La vida te ha tratado muy mal, ¿verdad?

Ella hizo una mueca.

—Ahora, las cosas han cambiado —dijo.

—Wacker es un hombre rico, ¿no?

—Tiene «pasta». ¿Qué más puedo querer?

—Es una respuesta cínica —calificó Love—. Dime, ¿forma parte de tus «obligaciones» hacer cosas que entran de lleno en conflictos con la ley?

—¿A dónde quieres ir a parar? —exclamó, ella, muy alarmada.

—May sabes de sobra que fue Wacker quien ordenó secuestrar primeramente a Betty Challoner, luego, por alguna razón que ignoro, mudó de opinión y trató de asesinarla, por dos veces, ¿sabes algo sobre el particular?

Ella meneó vigorosamente la cabeza.

—No me he atrevido a preguntarle siquiera —contestó aprensiva.

—¿Ni siquiera te ha insinuado nada sobre sus proyectos?

—Ni tanto así —dijo May, con el pulgar apoyado sobre la yema del dedo índice.

—Otra pregunta. ¿Sabe Wacker que tu verdadero nombre es

Mary Charles?

El color huyó en el acto de la cara de la joven.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó.

—Tad Greene.

—Ese bocazas...

—No le tienes ninguna simpatía, ¿verdad?

Ella apretó los labios.

—Max, he pasado momentos muy amargos, muy duros. Tú no tienes ni idea de lo que he sufrido en esta perra vida —dijo—. Ahora tengo dinero, joyas, lujos... Lo único que tengo que aguantar es a un individuo una vez al día... o cada dos días... Es un mal rato que se pasa pronto; se suspira un, poco, se dicen cuatro palabras melosas... y luego al cuarto de baño. ¿Lo entiendes?

—Es un punto de vista —admitió él.

—La vida en el orfelinato no tenía nada de agradable. Y en cuanto salí, me dieron un empleo en una fábrica de paracaídas. A los seis meses, me harté.

—Creo que te comprendo. Pero eso no es justicia...

—Tú eres un hombre y por mucho que digas, no me comprenderás jamás. Ni comprenderás tampoco a otras mujeres en mi caso. No soy la única, ¿sabes?

—Algunas de tus compañeras se casaron, tuvieron hijos y hoy viven felices.

—Es una clase de vida que no me gusta en absoluto —respondió ella tajantemente.

Y vació su copa.

May... te llamaré así, puesto que no quieres que te llame Mary —dijo Love—. Ahora eres aún muy joven, muy atractiva. Pero ¿qué sucederá cuando pasen los años y pierdas tu belleza?

Ella se encogió de hombros.

—No me interesa el futuro —contestó desabridamente.

—Muy bien, dijo el joven —viendo que no iba a conseguir nada por ese lado—. Hablemos ahora de otro tema importante. ¿Qué sabes de Isabella Walker, tu compañera de cuarto en el orfelinato?

May le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—He estado investigando —respondió él—. Busco a Isabella. ¿Sabes dónde está?

De pronto, se acercó el camarero con una bandeja y dos copas.

—Perdonen —dijo.

Las copas quedaron frente a Love y a May. Love miró con sorpresa al camarero.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Perdón, señor; un amigo de la señorita les invita a beber a su salud —respondió el hombre.

Love volvió la cabeza hacia el mostrador, desierto en aquellos momentos, May, muy nerviosa, cogió su copa y la apuró de dos tragos, muy seguidos.

—¿Has visto a alguien conocido, May? —preguntó Love.

—No me he fijado, Max. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

—Sí.

May encendió el pitillo. Love se dispuso a tomar otro sorbo. De repente, al acercar la copa a los labios, percibió un olor extraño, muy dulzón.

Un sudor frío inundó su rostro. Miró la segunda copa de May y la vio completamente vacía.

De pronto, May lanzó un quejido. Luego, muy lentamente, empezó a deslizarse a un lado y quedó casi inmóvil en el diván, agitándose con leves convulsiones. Una espumilla grisácea apareció entre sus labios.

—¡Un médico! —gritó Love.

Pero sabía que ya era inútil.

May le miró con ojos implorantes. Love se dio cuenta que ella conocía la inminencia de su muerte. Cogió sus manos.

—May, ¿dónde está Isabella? —preguntó.

Ella intentó Hablar, pero sólo consiguió hacer brotar una burbuja, que explotó silenciosamente entre sus labios. Luego, su cabeza se dobló con brusquedad y dejó de respirar.

* * *

—Sí, sabía dónde estaba, pero no tuvo tiempo de decírmelo —exclamó Love furiosamente.

Shirley sentada en su butaca, con las piernas cruzadas, le miraba fijamente, mientras se paseaba nervioso por la sala. Ella tenía los codos apoyados en los brazos de la butaca y los dedos entrelazados.

—No entiendo cómo se os ocurrió aceptar la invitación de un desconocido —dijo.

—A mí tampoco... En aquel momento, ¿quién diablos iba a pensar...? Los dos estábamos concentrados en el tema. Ella, además, estaba muy nerviosa. Cuando trajeron la copa la despachó en el acto.

—¿Y tú?

—Yo lo hice más despacio, casi por compromiso. Entonces fue cuando percibí el olor a cianuro.

—Y ya era tarde, claro.

—Murió antes de un minuto. Claro que el corazón latió unos minutos más, pero ya no había medio humano para salvarla.

—Hay algo que me extraña —dijo Shirley—. El camarero llevó las copas, pero ¿cómo pudo el asesino poner el veneno?

—Es bien sencillo. El asesino nos venía siguiendo. Vio que entrábamos en el bar y aguardó unos minutos. Luego entró a su vez y pidió algo de beber, una cerveza, creó. Después encargó el obsequio para nosotros. El camarero lo preparó y entonces, cuando el asesino vio que las copas estaban llenas, distrajo su atención unos segundos. Creo que le hizo mirar hacia la calle.

—Y así, sin que el camarero lo viese, arrojó el cianuro en el martini.

—Exactamente. Luego, mientras el camarero se dirigía hacia nuestra mesa, él se marchó con toda tranquilidad.

—Pero al menos el camarero le vio la cara —dijo Shirley.

—No se fijó demasiado. Era un tipo alto, delgado...

De pronto, Love se interrumpió. Sus ojos se dilataron.

—No puede ser —murmuró.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó ella.

—Está encerrado, acusado de intento de asesinato.

—¿Hoffer?

—Sí, pensaba en él, pero... Además, su especialidad es la pistola. Antes de que Shirley pudiera decir algo, se abrió la puerta y entró Smith.

—Hola —dijo—. Traigo malas noticias.

—¿Peores aún? —Se aterrorizó la muchacha.

—Sé lo que ha pasado —manifestó el investigador—. Ha sido malo, pero todavía pueden ocurrir cosas más horribles. Max, es

necesario que lo sepas. Hoffer está libre.

CAPÍTULO XI

Shirley lanzó un grito de terror.

—¡Dios mío, no!

Smith fue al aparador y se sirvió una buena dosis de *whisky*.

—No le pusieron en libertad, se escapó —dijo.

—Pero ¿cómo? —exclamó Love desconcertado.

—Fue esta mañana, cuando pidió ir al lavabo. Un guardia le acompañó y él lo atacó. Era muy temprano, no había nadie más en aquella zona de la cárcel. Hoffer arrastró al guardia hasta el interior del lavabo y se puso su uniforme. El policía era también alto y delgado. Así pudo salir con toda tranquilidad y perderse, incluso con un coche oficial, que abandonó dos manzanas más abajo, a la vuelta de la esquina.

—Por todos los diablos... Son las diez de la noche y aún no se ha publicado nada en los periódicos. Ni la radio ni la televisión han dado la menor noticia del suceso.

Smith soltó una risita.

—No es un hecho del que la policía deba enorgullecerse. Simplemente han callado la noticia.

—Y usted ¿cómo lo ha sabido, «Montana»? —preguntó Shirley.

—Hablé con el sargento Raines, me dijo que le avisara. —Smith señaló al joven con la barbilla—. Yo me voy a quedar aquí toda la noche —agregó.

—«Montana» no permitiré...

Smith abrió la chaqueta con la mano izquierda.

—Tengo un Magnum 357. Pararía en el acto a un elefante enfurecido —dijo, ceñudo—. Quiera Dios que ese bastardo no se ponga a tiro de mi pistola, porque lo partiré en dos balazos.

Miró al joven y añadió.

—Hoffer tiene ahora un doble motivo para eliminarte: su hermano muerto y su orgullo herido. En lugar de un tirador con balas de acero, deberías haber empleado un revólver. ¿Te imaginas lo que supone para un tipo de su calaña tener que escapar de tan vergonzosa manera, huyendo como un chiquillo lleno de miedo?

Love asintió.

—Sí, lo comprendo perfectamente —respondió—. En cambio, no entiendo porque Utilizó el cianuro. No es su especialidad me parece.

—Te equivocas, Max. Los Hoffer eran, uno todavía lo es, polifacéticos. Cuando les salía un «contrato» elegían el método más adecuado a la víctima. Aunque preferían la pistola con silenciador, se sabe que emplearon la dinamita en una ocasión y el cianuro en dos. Y un cable eléctrico, conectado al agua de la bañera, les sirvió para enviar a una persona al cementerio.

—Vaya angelito —murmuró el joven.

—Ese angelito tiene cuernos y rabo. —Smith se quitó la chaqueta—. Si tienes sueño ve a dormir; yo me quedaré aquí, Max.

—He perdido el sueño —se lamentó el joven.

—Y yo —dijo Shirley.

Smith asintió.

—Voy a revisar la puerta posterior —anunció—. Max, corre las cortinas y asegura las ventanas. ¿Tienes sistema de alarma?

—No.

Smith levantó los brazos al cielo.

—¡Qué descuido! —exclamó.

Love volvió los ojos hacia la muchacha.

—Puedes utilizar mi cama —indicó.

Shirley meneó la cabeza.

—Ahora no —contestó—. Sólo conseguiría ponerme más nerviosa... —Se levantó de pronto—. Sospecho que esta noche vamos a consumir unos cuantos litros de café, Max.

Ella se encaminó a la cocina. Smith estaba asegurando la puerta.

—«Montana»...

—Óigame, Shirley.

—Proteja a Max.

Smith se volvió sonriendo.

—Le quiere —adivinó.

Ella se puso encarnada. Smith se echó a reír.

—No es ninguna deshonra, mujer —añadió.

—Bueno... no es que éste locamente enamorada de él..., pero he llegado a apreciarle —contestó Shirley.

—Eso ya es algo. Un buen principio, diría yo.

—Aun es prematuro para especular sobre el tema, «Montana».

—No tenemos prisa —dijo el detective jovialmente.

Shirley llenó una taza de café y se la entregó.

—Hay algo que me extraña, «Montana» —dijo.

—¿Puedo saber que es, Shirley?

—Hoffer. ¿Por qué tuvo que asesinar «también» a May Crane? Ella no le había hecho nada, creo yo.

—Yo también soy de la misma opinión, pero May tuvo la mala suerte de encontrarse junto a Max en ese momento. Hoffer no sabía en qué copa iba a beber Max. En consecuencia, puso cianuro en ambas. Era el mejor medio de no fallar.

Shirley se estremeció.

—Y mató a una mujer inocente —murmuró.

—¿Cree que es la primera vez? —dijo Smith—. Si Max se hubiera encontrado en medio de un estadio de fútbol, Hoffer le habría volado, con tal de satisfacer su venganza. Ahora es un perro rabioso. Mató a su propio hermano por culpa de Max y, por si fuera poco, sufrió una humillante derrota. Es una fiera que ya no razona, excepto en un punto: vengarse al precio que sea.

La joven asintió.

—Es para sentir miedo —dijo.

—No tenerlo sería de locos o de insensatos —contestó—. Pero no voy a permitir que esa bestia feroz se salga con la suya.

* * *

Lenta, silenciosamente, con las luces apagadas, el motor parado y el cambio en punto neutral, el vehículo rodó los últimos metros hasta detenerse a poca distancia de la casa de Love.

Su ocupante contempló el edificio durante unos segundos. Hoffer estaba poseído por un insano sentimiento de odio, que se había convertido en una enfermiza obsesión hacia el hombre contra el que había atentado dos veces, sin conseguir su objetivo en

ninguna de ambas ocasiones.

Ahora no fallaría, se dijo, mientras acariciaba el paquete de explosivos que llevaba junto al asiento del conductor. La casa saltaría en pedazos. Esta vez, pensó regodeándose de antemano con lo que iba a suceder, Love no tenía salvación.

Todas las luces de la casa estaban apagadas. Con los ojos habituados ya a la penumbra, Hoffer exploró la: ventanas delanteras. No, no había allí nadie apostado, vigilando las inmediaciones.

La ventana del dormitorio estaba con el bastidor levantado, aquélla en que había visto desnudarse a la mujer. La dinamita entraría por allí.

No le haría falta encender ninguna mecha. Tenía un mecanismo de encendido por tirafricción, que haría explotar la dinamita a los treinta segundos. Si actuaba con sigilo, Love ni se enteraría.

Era una lástima, se dijo. Le habría gustado tener delante al maldito abogado y matarlo poco a poco, destrozándolo lentamente a balazos, disfrutando con su sufrimiento... Pero no era posible y debía concentrarse y contentarse con ejecutar su venganza de la mejor manera posible, que iba a resultar absolutamente factible.

Desde la ventana situada en la esquina opuesta, Smith vigilaba la calle. El coche que se había detenido a treinta pasos de la casa le daba mucho que pensar. Había un conductor y parecía vacilar, todavía detrás del volante. Smith tenía su Magnum preparado. Si era Hoffer, le mataría metiéndole cuatro balas en las tripas antes de que pudiera intentar ningún gesto hostil.

Al cabo de unos momentos, Hoffer abrió la puerta y saltó fuera del coche. Luego dio la vuelta, para situarse junto a aquella portezuela y extraer los explosivos con más comodidad.

Entonces, inesperadamente, alguien pronunció su nombre:

—¡Dinkus!

Hoffer se volvió velozmente. En el mismo instante se vio delante de sí una serie de rapidísimos chispazos anaranjados.

Smith contempló la escena, lleno de asombro. Vio el chisporreo de la pistola ametralladora y percibió claramente el ruidoso tableteo del arma. La ráfaga arrojó hacia atrás a Hoffer, haciéndole chocar contra su propio automóvil.

El tirador continuó inflexible su tarea macabra. El cuerpo de

Hoffer era sacudido violentamente por los impactos. Al fin, giró sobre sí mismo y, con sus últimas fuerzas, intento buscar un asidero. Pero sus manos resbalaron en la lisa superficie del coche y cayó al pie, encogido sobre sí mismo, hecho un ovillo del que manaban ríos de sangre.

Smith se mordió los labios. Había visto la silueta detrás de la pistola ametralladora, pero no pudo distinguir las facciones del sujeto, quien una vez terminada su mortífera misión, dio media vuelta y se sumergió en las tinieblas.

Shirley lanzó un grito aterrador.

—¡Max, Max!

Smith se puso en pie.

—No hay nada que temer —exclamó a pleno pulmón—. Creo que alguien le ha ajustado las cuentas a Hoffer.

Love salió del dormitorio de huéspedes, ayudándose la bata. Shirley apareció semidesnuda, casi histérica.

—Max...

Smith señaló con el revólver hacia el exterior.

—Alguien se olió la visita de Hoffer, y le estaba aguardando —contestó—. No os mováis de aquí; voy a salir fuera a ver qué ha pasado en realidad.

Las luces de las casa vecinas se habían encendido. A lo lejos se escuchaba el alarido de la sirena de un coche patrulla.

* * *

Smith regresó a la casa. Junto al coche del asesino, destellaban numerosas luces policiales. Love y Shirley le miraron inquisitivamente.

—Tiene algo así como veinte impactos. El hombre que lo mato, desperdició prácticamente un solo proyectil —dijo.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó Love.

—Ni idea. Pero hemos tenido suerte de que Hoffer haya parado todas las balas en su cuerpo. Había traído en el coche explosivos suficientes para volar medio barrio.

—Dios mío —se aterró Shirley.

—Bueno, el caso es que ese hijo de perra está en el infierno y que nadie lo va a lamentar —exclamó Smith—. Shirley, perdona el

lenguaje...

—No te preocupes, «Montana». —Se volvió hacia el joven—. Max, ¿se te ocurre alguna hipótesis?

—En absoluto.

En aquel momento sonó el teléfono. Love hizo un gesto con la mano.

—Yo contestaré —dijo.

Levantó el aparato.

—Abogado Love —exclamó.

—¿Qué tal, leguleyo? Soy Reinie. Me conoce, creo.

—Sí, pero... ¿por qué llama usted a estas horas? —se extrañó el joven.

—Aún sigue la policía ahí, ¿verdad?

Love se puso rígido.

—Wacker...

—No podía perdonarle a ese hijo de perra que matase a May. Tenía que hacérselo pagar, ¿comprende?

—Entonces, debo agradecerle el favor.

—Desde luego, pero no se interponga más en mi camino. Esto ha sido un beneficio para usted, porque se trataba de un asunto mío. Le diré otra cosa: May estaba con usted, murió por su culpa. Procure no enfrentarse conmigo.

—Lo tendré en cuenta, Reinie.

—Adiós, abogado.

Love colgó el teléfono y se volvió hacia los otros dos.

—Era Wacker —dijo.

Smith chasqueó los dedos.

—Entonces ya sé quién es el de la ametralladora. Lee de Val, el guardaespaldas personal de Wacker —exclamó.

—¿Lo crees así, «Montana»? —preguntó Love.

—Sí. Seguro. Max, cuéntenos lo que te ha dicho ese sujeto.

Love relató la parte del diálogo correspondiente a Wacker. Al terminar, Smith asintió repetidas veces.

—Ya no me cabe la menor duda —manifestó—. Wacker habrá puesto en acción a todos sus confidentes, a todos sus soplones... Decenas, si no cientos de individuos, se habrán afanado por buscar a Hoffer, hasta localizarle.

—Y de Val vino aquí, para esperarlo —adivinó Shirley.

—Debió de ganarle por pocos minutos. Los «chivatos», una vez localizado Hoffer, habrán seguido todos sus movimientos paso a paso. Wacker no es tonto y supuso adonde se dirigía, de modo que encomendó la operación a un hombre de su absoluta confianza.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Smith acudió a abrir.

—Hola, sargento —dijo.

Raines tenía una indiscutible cara de sueño.

—Me han dicho que ha habido algo de jaleo por la vecindad —comentó en tono intrascendente.

—Cuatro tiritos —sonrió Smith.

—Sargento, ¿quiere un poco de café? —sugirió Shirley.

—Gracias, señorita. Max, ¿no me dices nada?

—Sandy, alguien tenía que ajustar una cuenta con Hoffer —respondió el joven inexpresivamente.

—¿Esperas que me trague esa fábula como si fuese una aspirina? Love se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras. Ya tienes mi respuesta, Sandy.

Shirley llegó en aquel momento con el café.

—Sargento, Max y yo estábamos durmiendo cuando sonaron tiros. —Declaró. Y al observar el gesto de sorpresa de Raines, añadió rápidamente—: En camas separadas, por supuesto.

Raines se volvió hacia el investigador.

—¿«Montana»?

—Cuando me informaste de la evasión de Hoffer, me vine para aquí inmediatamente, para proteger a Max —respondió Smith—. Te aseguro que los disparos me sorprendieron tanto como a cualquier vecino...

—El teléfono sonó en aquel momento. Love lo agarró con mano crispada.

—¿Sí?

—¿Abogado Love? Soy la enfermera Dowell. Tengo algo importante que decirle.

—¿Está peor la paciente? —se alarmó el joven.

—Oh, no, en absoluto. Pero hace poco soñaba. Por lo visto, tenía una pesadilla. Debía de creer que había vuelto a la infancia. Yo se lo digo a usted por si resulta de interés para su defensa.

—Siga, Dowell, por favor —pidió Love impaciente.

—Ella pedía que le trajeran a su muñeca. Por lo visto, era una

muñeca a la que ella quería mucho. Incluso la llamaba por un nombre extraño, Rosalie...

—¡«Rosefly»! —gritó Love terriblemente excitado.

—Sí, ése era el nombre —confirmó la enfermera Dowell.

CAPÍTULO XII

Love y Shirley entraron en el cuarto y hallaron a la paciente con mucho mejor aspecto, aunque todavía pálida y demacrada. Ella sonrió al verles.

—¿Quién es, Matt?

—Shirley Hampton, abogado de Sacramento —contestó el joven—. Tiene algo importante que decirte.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Shirley se volvió hacia su acompañante.

—¿Crees que puede soportar la sorpresa? —consultó.

—Ha pasado por trances mucho peores —sonrió.

—¿Pero qué es lo que pasa, Max? —preguntó la paciente muy intrigada.

—Shirley, suéltalo de una vez —aconsejó Love—. Ella no está para perder demasiado tiempo hablando.

—Está bien. Primeramente, dígame, ¿por qué se hizo llamar Betty Challoner?

—Oh... Elegí el apellido al azar, en la guía. En cuanto al nombre, yo me llamo Isabella... que es lo mismo que Elizabeth. El apellido auténtico es Walker.

—No —contradijo Shirley firmemente—. Su apellido auténtico es Vandessyrt y el nombre es Madge. Y usted nació en Sacramento y vivió allí hasta los cuatro años. Entonces, tenía muñeca favorita, a la que le aplicó un nombre muy extraño, ¿lo recuerda?

—Oh, sí, yo la llamaba «Rosefly»..., pero no recuerdo haber tenido antes otro nombre...

—Madge su historia es un poco larga de contar —sonrió Shirley—. Lo sabrá todo cuando esté completamente restablecida. Mientras tanto, sepa que no tendrá que preocuparse por su futuro.

Madge volvió los ojos hacia el joven. Love asintió.

—Puedes creerla —dijo.

Ella se pasó una mano por la frente.

—A veces sueño que estoy en una casa grande, lujosa... Veo a un hombre de cierta edad que me levanta en brazos...

—Era su padre —dijo Shirley—. Murió hace algunos meses y la instituyó heredera universal de todos sus bienes.

Se inclinó hacia adelante y palmeó afectuosamente la mano de la paciente.

—Ahora lo que debe hacer es curarse por completo —sonrió.

—Haz lo que te dice tu abogado —añadió Love—. Me refiero a los asuntos de herencia, claro. Para el otro asunto me tienes a mí... y creo que lo resolveré hoy mismo sin falta.

* * *

Reinhardt Wacker frunció el ceño al ver al hombre que se acercaba hacia él, a lo largo de la terraza. Cuando Love se detuvo junto a la mesa, situada Tajo la sombrilla, dijo:

—Creí haber mencionado algo sobre no volver a vernos más abogado.

—Tengo la impresión de que va a ser nuestra última entrevista, Reinie —contestó el joven calmamente.

—Muy bien. —Wacker movió una mano—. Siéntese.

—Gracias, estoy bien de pie.

Un hombre salió silenciosamente de la casa en aquellos instantes. Love lo miró unos momentos. Era bajo, delgado, de ojos penetrantes. Llevaba una chaqueta muy holgada, demasiado para un sujeto de su complexión. Love tomó nota mental del detalle.

—Hemos encontrado a Madge Vandessyrt —dijo al cabo.

Wacker levantó las cejas.

—No sé quién es esa dama —manifestó con frialdad.

—Dos amigos suyos la secuestraron por orden suya y la encadenaron a la pared. Usted, entonces ya sabía quién era y lo que podía conseguir de ella, si la «ablandaba» con unos cuantos días de encierro. Sin embargo, no contó con las ocurrencias de sus dos gorilas. Quizá les pareció poco el dinero percibido por el secuestro y por eso trajeron al tipo llamado Rufe, que les pagó doscientos

cincuenta dólares por acostarse con la prisionera. Teller y Mahonny sabían que usted no iría allí antes de una semana y decidieron aumentar sus ingresos por ese procedimiento. A fin de cuentas, los antecedentes de la prisionera favorecían los propósitos de esa pareja.

—Me gustan sus deducciones —sonrió Wacker—. Continúe, abogado.

—La fortuna que Madge va a heredar se calcula en unos veintidós millones de dólares. Usted pensaba agarrar un buen pellizco, pero no podría conseguirlo sin antes haber «ablandado» a su prisionera. En el momento en que Madge se sintiese totalmente desmoralizada, capaz de hacer cualquier cosa por recobrar su libertad, usted intervendría y le daría la noticia, obligándole después a dallar, con amenazas de muerte. En cuanto a Mahonny y Teller, eran ya dos individuos sentenciados, independientemente del resultado del plan. No habrían vivido mucho tiempo, desde luego.

»Entonces ocurrió algo que trastornó por completo sus planes: la prisionera se escapó, contra todas las previsiones y a pesar del cable de acero que la encadenaba a la pared. Y casi al mismo tiempo, Muy le dio más detalles de la vida en común durante su estancia en el orfelinato. Ello le hizo concebir una nueva idea.

»¿Por qué no hace pasar a May por la heredera de Vandessyrt? Eran de la misma edad, tenían un notable parecido fisionómico, la misma estatura, una figura muy similar... y May conocía el nombre de la muñeca favorita de su amiga, “Rosefly”. Para ello era preciso que Madge muriese y primero lo intentó con Kate Long, que estuvo a punto de conseguirlo, y luego, cuando se advirtió el fallo, envió a “El Verruga” disfrazado de policía.

Entretanto, los secuestradores habían muerto y Kate Long recibió el pago de su fallo con tres balas. Madge se había salvado y todos sus planes habían fracasado. Entonces fue cuando yo tuve mis problemas con los Hoffer y uno de ellos murió. El otro quiso asesinarme por dos veces y, en la segunda ocasión, mató a May. Usted no se lo perdonó, por supuesto, y ese hombre que está a sus espaldas le llenó el cuerpo de plomo.

—¿No me lo agradece? —dijo Wacker, burlón.

—No —contestó el joven, muy serio—. Usted puso a Madge en una situación terriblemente crítica, cuando la hizo encadenar en

aquella casa. Esa figura delictiva se llama secuestro y le pueden caer veinte años de presidio.

—Si se prueba que tuve algo que ver con el asunto.

—Tengo la prueba. El dueño de la casa no quería alquilarla a dos tipos como Teller y Mahonny, quienes tuvieron que dar su nombre para poder firmar el contrato. En ese contrato figura que los dos secuestradores actúan en representación de usted.

Wacker se irguió nerviosamente en el butacón de mimbre.

—Aun así, no es suficiente...

—Eso no lo diré yo, sino el juez y el jurado —contestó el joven, impasible—. Por otra parte, la policía ha encontrado en casa de los Hoffer, muy bien escondida, por cierto, una libreta en la que anotaban todos sus contratos: nombres de las víctimas, nombre del contratante, importe de la «operación»... El suyo, Wacker, figura por dos veces: los secuestradores y Kate Long.

Wacker se puso lívido. De Val habló inesperadamente.

—Eso no es cierto —dijo—. Todo es un farol.

Love se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera —respondió.

—Todo eso es mentira —dijo el pistolero—. No obstante, admito que la policía podría iniciar una investigación en profundidad, que podría causarnos grandes daños.

—Sobre todo cuando sepan que fue usted el que mató a Hoffer.

—Pero si usted se calla no pasará nada. Y yo tengo el medio de hacerle callar —aseguró Val fríamente, a la vez que sacaba el arma escondida debajo de la chaqueta.

No era una pistola corriente, sino una ametralladora Marietta, fabrica por Ingram, y con una velocidad de 850 disparos por minuto. Apenas mayor que una «45», resultaba, sin embargo, infinitamente más mortífera.

De repente, sonó un grito:

—¡Tire el arma!

Love se arrojó de costado al suelo. Sobresaltado, de Val se volvió un poco, lo mismo que Wacker. Alguien interpretó mal el gesto del pistolero y disparó una vez.

El proyectil alcanzó a de Val en un hombro, haciéndole estremecerse violentamente. Su dedo índice se contrajo con fuerza y un chorro de balas salió del arma.

Wacker lanzó un alarido horroroso. La ráfaga de proyectiles atravesó el mimbre de la butaca, el mullido de plástico y le alcanzó de lleno en la espalda, haciéndolo saltar hacia adelante con los brazos extendidos. Su cintura tropezó con la mesa y la hizo volcar. El cayó a un lado, agitándose débilmente durante unos segundos, antes de quedarse definitivamente quieto. La sangre que brotaba de su cuerpo corría lentamente por el pavimento, hasta caer a la piscina inmediata.

De Val se había sentado en el suelo, anonadado por lo ocurrido. Varios policías saltaron sobre él. Raines miró severamente a su amigo.

—Podías haberme avisado —le reprochó.

Love se puso en pie, limpiándose maquinalmente los pantalones.

—Quería tener tiempo para hablar a solas con Wacker —respondió—. A fin de cuentas, te han avisado, ¿no?

Le lanzó una mirada al cuerpo ensangrentado e hizo una mueca.

—Esto simplifica muchos trámites —dijo.

* * *

—Lo que no comprendo es cómo Wacker supo que Betty era Madge Vandessyrt antes de que May mencionara el hecho de que habían estado juntas en el orfelinato —dijo Shirley.

Love tomó pensativamente un sorbo de café.

—En tiempos, Wacker fue asociado del padre de Madge y llegó a conocer la historia. Se sabe que hizo investigaciones por su cuenta, incluso después de rota la sociedad, cuando Vandessyrt descubrió que Wacker es un granuja. Puede decirse que las investigaciones culminaron pocos días antes del secuestro. Es muy probable, además, que Wacker lo tuviese planeado ya desde el primer momento. Madge podía haber estado casada o no, pero, a fin de cuentas, era la heredera de un buen montón de millones.

—Cosa que le envidio sinceramente —dijo Smith.

Love miró a su amigo.

—«Montana», tú eres soltero. Madge necesitará ahora de un buen guardaespaldas.

Smith se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver si me concede el empico —dijo alegremente.

Love y Shirley quedaron a solas.

—Ahora vendrán los trámites legales y demás —supuso I joven.

—Localizada, e identificada positivamente, la heredera, lo demás es sencillo, Max —contestó Shirley.

Love meneó la cabeza.

—Éste es un caso en el que ha habido furia y sangre...

—No te olvides del fuego —dijo ella.

—Sí, pero ya ha pasado todo. ¿Cuándo te vuelves a Sacramento?

—No tengo prisa. Quiero aguardar a que Madge de la respuesta, para hablar largamente de la herencia. Espere que él nos confirme como abogado suyos. En ese aspecto solamente, claro. Tú te ocuparás del referente a la muerte le Rufe.

—Está ya solucionado. Habrá una audiencia puramente formularia y se declarará que la muerte se produjo en legítima defensa. Madge ya no tendrá problema..., respecto.

Love se acarició el mentón.

—Shirley, ¿por qué no te quedas aquí? —propuso—. En la puerta de mi casa pondríamos una placa que dijese:

Love, abogados.

—En todo caso, sería Love y Hampton.

—No, porque ya te habrías casado conmigo.

Los ojos de la joven chispearon.

—Una asociación en todos los sentidos —dijo.

—Exactamente. ¿Puedo besarte, encanto?

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —susurro ella.

* * *

Algunas semanas más tarde, recibieron el regalo de bodas de, Madge.

Era una placa de oro puro, con las letras compuestas por menudos, brillantitos. Al verla, Love y Shirley acordaron que era demasiado valiosa para fijarla en la puerta. Pero la pondrían en el despacho.

La placa decía:

«LOVE & LOVE, ABOGADOS».

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.